

HISTORIA/HISTORIAS: KOSELLECK/WHITE

Pascual Raga y Vicente Raga*

Recibido: 23 Marzo 2012 / Revisado: 12 Abril 2012 / Aceptado: 27 Abril 2012

La Historia es la ciencia de la vida.
(Claudio Sánchez Albornoz:
Historia y libertad. Ensayos sobre historiología.
Valencia, Júcar, 1974, 97)

La poesía es más filosófica y mejor que la historia.
(Aristóteles: *Poética*, IX, 1451b5)

1. ¿HISTORIA O HISTORIAS?

La disciplina que conocemos como Historia, en sus inicios, no habría tenido el objetivo equiparable al de otras ciencias de alcanzar a formular regularidades o coberturas legales amplias, exceptuando si acaso unas pocas excepciones; esto cambió a partir de los inicios de su profesionalización, y enseguida definitiva constitución como disciplina autónoma, o sea: desde los jalones de los siglos XVII¹ y XIX. Por otra parte, sí compartía con

aquellas ciencias, más precoces, la confianza en el logro de un conocimiento objetivo, fruto del rigor metodológico en la investigación. Y sin embargo, ya desde fines del siglo XIX, con la llamada “crisis del historicismo”, y a partir de aquel momento hasta nuestros días, tal pretensión, la de seguir constituida como disciplina autónoma, teniendo acceso a un conocimiento objetivo de las realidades pasadas, viene siendo puesta en duda una y otra vez. De cualquier modo, hemos de constatar que el aludido carácter prototípico es el común a todas las ciencias, puesto que el concepto “ciencia” y sus implicaciones, como hasta hace poco los entendíamos, es bastante reciente: apenas datan del siglo XIX².

Dos de las últimas defensas más relevantes, del carácter científico autónomo historiográfico, son las de la “Historia Conceptual”³ y la “Histórica”,

* Universidad de Valencia. E-mail: kerigmakairios@gmail.com

¹ Ya entonces, incluso hubo intentos de matematizar la historia, siendo pionero el trabajo de Craig, John: *Theologiae Christianae Principia Mathematica*. Londres, 1699. En esta misma línea, el siglo siguiente será decisivo, con los trabajos de Borda, Jean C.: *Mémoire sur les élections au scrutin*. París, 1781. Mas descuella sobre todos aquellos pioneros Caritat, Marie J. A. N. (más conocido como “Condorcet”, que fue su marquesado), con su: *Mathématique et société*. París, 1785. Este último, fue un revolucionario ilustrado francés, que fundó la llamada “matemática social”, y también introdujo tras el triunfo de la Revolución Francesa (1789) el laicismo en la enseñanza de su país; dicho proceso revolucionario terminaría purgándolo después (1793), ya que era un “peso pesado” de la facción girondina, al fin derrotada, constituyendo dicha radicalidad un ejemplo más de las muchas ironías de la historia, pues nadie defendía la libertad de todos los hombres como él lo hacía.

² El término: “científico”, fue acuñado por William Whewell en 1833; antes de esta conceptualización, el *solitario* sustantivo “ciencia” venía a referir la sabiduría, la habilidad para hallarla y el conocimiento entendido de forma general, significación esta última que al ir particularizándose coadyuvó a sus postreras derivaciones y precisiones.

³ Criticada, “desde dentro”, por los partidarios de una semántica histórica más atenta a las prácticas discursivas que a los solos conceptos; como representantes de dicho sector autocrítico tenemos desde BUSSE, Dietrich: *Historische semantik*. Stuttgart, Klett-Cotta, 1987, a, ya en el ámbito anglosajón, John G. A. Pocock y Quentin Skinner.

con Reinhart Koselleck⁴ como principal representante de las mismas; las dos proposiciones, y en particular la segunda, son concepciones de la historia en clave de una antropología trascendental de corte kantiano. Ambas suponen una primera vía hacia la resolución del primero de los interrogantes planteados en el resumen: ¿Historia o historias? Pues “historia e historias” es la única respuesta, ya que entre los componentes (en nuestro caso: las historias) y el conjunto que conforman (aquí: la historia) no existe nunca disyunción sino siempre conjunción.

Por otra parte, *aquello que ha de contar* para la narración historiográfica es autoevidente en cuanto a lo que podríamos llamar “trazos gruesos históricos” o *facta*, sin que ello soslaye el subsiguiente empeño de profundizarlos y desenherrarlos, en cualquier caso a estudio; no otra cosa registra la cliología⁵ en primer término, como su “caché” (es decir, el reservorio de conocimientos históricos indubitables y siempre disponibles para trabajar con ellos). Frente a esto, los partidarios del todo-es-arte arguyen que “si omite, si retoriza, no puede ser la cliología una ciencia”; mas los olvidos se subsanan, lo no-dicho por regla general es omitido por jactarse presupuesto (el caché aludido supra), la síntesis avanza día a día y la retórica es un recurso precioso –siempre que esté bien empleado– para el quehacer histórico.

Por otro lado, contra la empresa crítica que señala la sumisión de los historiadores al poder, que denunciarnos como muy injusta, sale al paso Koselleck, al decir “que a corto plazo la historia la hacen los vencedores, a medio plazo probablemente se mantenga así y a largo plazo no hay quien la controle”⁶. Además, estos plazos hoy se han trastor-

cado, de tal manera que el “corto” y el “medio” andan igualmente descontrolados, gracias especialmente a las aportaciones afianzadas en la década de los sesenta del siglo XX con la llamada “Historia desde abajo” (*History from below*); entre sus epígonos en activo tenemos los *Subaltern Studies* (1981) fundados por Ranajit Guha, para quienes “el reto consist[e] en encontrar el modo de descubrir «a los grupos subordinados como agentes conscientes de la historia, que moldearon y fueron moldeados por los procesos sociales, que vivieron e hicieron el pasado»”⁷. Por otro lado, la llamada Nueva Historia Cultural o la Microhistoria indagan desde trasuntos que son de por sí breviaros para alcanzar la generalidad y hasta la totalidad.

Por tanto, es nuestra modesta contribución a la discutida cuestión del estatuto de la “ciencia histórica” el principal objetivo de nuestro artículo, tomando al filósofo e historiador Hayden White como actual contrapunto a la posición que en sus líneas generales compartimos con Koselleck; para lo dicho, realizamos unos breves apuntes de la “historia conceptualista” y de la “historia narrativista literaturizada” desde las aglutinaciones koselleckiana y whiteana, además de completar nuestro estudio con la atención a varios “defensores y detractores” de las susodichas.

2. EL PUNTO DE FUGA CONCEPTUAL

La referencia al Nietzsche de los escritos de juventud nos permitirá adentrarnos un tanto en algunas de las nociones centrales del pensamiento de Koselleck, especialmente a partir de lo desprendido de la *Segunda consideración intempestiva*. De la

⁴ Deudo, para las susodichas, de Dilthey, Heidegger y Schmitt, de modo destacado aunque no único. Cfr. Dilthey, Wilhelm: *El mundo histórico*. México, FCE, 1978; Heidegger, Martin: *Ser y tiempo*. Madrid, Trotta, 2003; y Schmitt, Carl: *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 1998.

⁵ Para evitar confusiones, y aunque en tantos trabajos encontramos la solución de llamar historia a nuestro “objeto” e Historia a la ciencia que lo estudia, entendemos que la denominación *cliología* deviene la más correcta; contrariarnos en este punto a Rancière, Jacques: *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Buenos Aires, Nueva visión, 18, para quien sería, precisamente, la ambigüedad terminológica la que habría permitido “sobrevivir” a la cliología como tal. Por otro lado, nuestro desacuerdo es puntual, ya que seguimos a este autor en casi todo lo demás que postula. Nosotros mismos, en un trabajo anterior, empleábamos todavía el distinguo tradicional: RAGA, Pascual: “Historia e historia”, en *Norba*, 20, Cáceres, 2007, 209-224. Aprovechamos esta puntualización para añadir, sobre dicho artículo, una fe de erratas: así, describiendo el ámbito cliológico, que es el propio del ser humano, por un error tipográfico –en 214– quedaba omitido el término que mejor expresa nuestra peculiaridad humana: (ánimo, aliento, deseo...); asimismo, una llamada a nota sobre Braudel –en 219–, debería decir nota «73» en lugar de “nota 72”; y una última, sobre Koselleck –en 221–, que asimismo debería decir nota «64» en vez de “nota 63”, que es lo que erróneamente consta.

⁶ Koselleck, Reinhart: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Paidós, 2001, 82.

⁷ Zerméño, Guillermo: “Condición de subalternidad, condición posmoderna y saber histórico ¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?”, en *Historia y Grafía*, 12, México, 1999, 11-47 (cita en 24).

utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida; por descontado, también beberá Koselleck de la postrer obra nietzscheana. Entre estos préstamos e inspiraciones encontramos el de su noción de concepto, la relación de la historia con el lenguaje o su propuesta antropológica trascendental; por otro lado, será muy distinto el trato que darán, a este mismo “material nuclear” intelectual, otros estudiosos del extremoso filósofo, como es el caso de la interpretación ya consagrada de Vattimo⁸.

Sin embargo, y retomando los primeros pasos de nuestra introducción, tal filiación nietzscheana de la tradición que, en última instancia, recoge Koselleck, sería un arma de doble filo; como han hecho notar algunos de los críticos del historiador alemán, y de las pretensiones de cientificidad de la cliología en general, notablemente Hayden White, las características de la crítica de Nietzsche al historicismo podrían iluminar asimismo algunas de las limitaciones más importantes de esta relevante propuesta koselleckiana para la cliología entendida como disciplina autónoma. Propuesta, por ende, que es de momento una de las últimas y más cuidadosas defensas de la Historia como ciencia (esto es: la mentada cliología), aunque no única ni inmejorable cual hemos e iremos apuntando. En esta proposición, como en las restantes, interesa sobremanera el diálogo multidisciplinar practicado por el propio Koselleck (destacado impulsor del Centro para la Investigación Interdisciplinar de la Universidad de Bielefeld, desde 1976); dialogismo especialmente necesario entre cliología y filosofía, máxime cuando

“La coyuntura parece favorable para esta nueva configuración o nueva alianza entre esos dos dominios conexos, pues el historiador, consciente hoy de la singularidad de su acto de escritura, tiende a trasladar a Clío del otro lado del espejo en una perspectiva esencialmente reflexiva. Se deduce de ello un nuevo imperativo categórico que se expresa en

la exigencia, por un lado, de una epistemología de la historia concebida como una interrogación constante de los conceptos y nociones utilizados por el historiador profesional, y por otro, de una atención historiográfica a los análisis propuestos por los historiadores de ayer. Se esboza así el surgimiento de un espacio teórico propio de los historiadores, reconciliados con su nombre y prestos a definir la operación histórica de acuerdo con el carácter central del ser humano, del actor, de la acción situada.”⁹

Dos de los antecedentes más claros de la Historia Conceptual, explícitamente citados, pensados y discutidos por Reinhart Koselleck, serían, como se ha dicho, Heidegger y Gadamer. En el primero, el problema de la Historia como ciencia (de nuevo, vale decir: la cliología) y su relación con el tiempo y la existencia humana sería fundamental, como lo evidencia su clase de habilitación en Friburgo: “El concepto de tiempo en la ciencia histórica”¹⁰ y, especialmente, su *Ser y tiempo*.

Si en el primer texto Heidegger trataba de legitimar la cliología, en el clásico debate entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, teniendo en cuenta la peculiar temporalidad de su objeto de investigación —los seres humanos—, es en el segundo donde se entrelazarían, con una referencia directa al Nietzsche de la segunda intempestiva, la cliología y la existencia humana: el *Dasein*. Y es que, tal como explicita en el § 73 de *Ser y Tiempo*¹¹, para el hermenéuta alemán tanto la historicidad cuanto la posibilidad de la cliología estarían ubicadas en las propias estructuras existenciales del *Dasein*, y esa sería la cuestión que le llevaría a referirse a Nietzsche.

La posibilidad de la cliología se debería, pues, a que el *Dasein* sería ya por sí mismo un ser histórico, esto es, que la historicidad le pertenecería como uno de sus existenciales básicos; así, el origen de la cliología sería existencial y esto es lo que Heidegger tomaría de Nietzsche¹². Como ya indica

⁸ Vattimo, Gianni: *Introducción a Nietzsche*. Barcelona, Península, 1987, 37.

⁹ Dosse, François: *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004, 8.

¹⁰ Heidegger, Martin: “El concepto de tiempo en la ciencia histórica”, en [http://www.heideggeriana.com.ar/textos/concepto_tiempo_historico.htm], 2000.

¹¹ Heidegger, Martin: *ibid.*, 394-398.

¹² “Si el ser del *Dasein* es fundamentalmente histórico, patentemente resulta toda ciencia fáctica adscrita a este gestarse histórico. Pero la historiografía tiene la historicidad del «ser ahí» por supuesto en un modo peculiar y eminente [...], el abrir historiográficamente la historia es en sí mismo, llévese a cabo efectivamente o no, por su propia estructura ontológica enraizado en la historicidad del «ser ahí». Esta relación es lo que mienta el hablar de la originación existencial de la historiografía en la historicidad del *Dasein*” (Heidegger, Martin: *El ser y el tiempo*. México, FCE, 1971, 423).

el título del texto de la segunda intempestiva, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, la articulación entre la existencia humana y la cliología sería uno de los puntos centrales de esta obra del autor germano; y es que, que la historia pueda ser útil o inconveniente para la vida, ya supone una estrecha relación entrabmas de la que Heidegger tomaría buena nota.

Para éste, cuando Nietzsche habla de tres maneras de hacer cliología: la monumental, la anticuaría y la crítica, estaría mostrando cómo las tres remiten a la estructura de la historicidad del *Dasein*, a lo que Heidegger llama la "historiografía propia". En realidad, siempre según Heidegger, cada una de esas formas referiría a uno de los éxtasis del tiempo: la cliología monumental, al futuro que habría que forjar, la anticuaría, al pasado que habría que conservar, y la crítica, al presente que habría que poner en cuestión; al fin, todas se unificarían en la propia existencia humana¹³.

Ciertamente es mucho lo que Heidegger dice yendo más allá de Nietzsche, rescatando lo no-dicho, pero la influencia del escritor de las intempestivas en estas cuestiones propias de la filosofía de la historia es evidente, y como antecedente de la antropología que subyace a la Histórica koselleckiana; lo mismo sucede en el caso de Gadamer, tal como puede verse en su *Verdad y método*, así como en un artículo previo, "Mito y razón" (1954), en el que se refiere por primera vez a la segunda intempestiva en relación con la Historia Conceptual.

En este texto, Gadamer nos recuerda que en la historia de la valoración del mito Nietzsche ocupa un lugar central, no sólo por su reivindicación en *El nacimiento de la tragedia*, sino también por su reflexión en la segunda intempestiva donde "vió en el mito la condición de cualquier cultura. Una cultura sólo podría florecer en un horizonte rodeado de mito. La enfermedad del presente, la enfermedad histórica, consistiría justamente en destruir ese horizonte cerrado por un exceso de historia, esto es, por haberse acostumbrado el pensamiento a tablas

de valor siempre cambiantes"¹⁴. El mito se opone aquí a la historia, pues pretende una fijación de un horizonte vital y valorativo, ofreciendo un marco de referencias que suponga una ventaja para la vida. Partiendo de este punto de vista nietzscheano, inicia Gadamer "un análisis de los conceptos «mito» y «razón» que, como cualquier verdadero análisis conceptual, es una historia de conceptos y un hacerse cargo de la historia"¹⁵. En una fecha tan temprana como 1954, Gadamer inicia ya el proyecto de la Historia Conceptual, tarea retomada tanto en *Verdad y método* como en otros textos posteriores; aquí lo destacable es que la Historia Conceptual tenga que hacerse cargo de conceptos como "mito" y "razón", en los que está en juego el propio proceso de secularización, y que Nietzsche aparezca con su segunda intempestiva como un punto de vista a superar, como se percibe en *Verdad y método*.

Sin embargo, la referencia a Nietzsche más importante, para la cuestión que nos ocupa, vendría asimismo dada en *Verdad y método*, concretamente en el capítulo titulado "El principio de la historia efectual", en el apartado sobre el concepto de horizonte. Allí, esta historia gadameriana se haría consciente primero mediante una autoconciencia de la "situación hermenéutica", del lugar desde el que el sujeto de la comprensión abarcaría aquello que trata de conceptualizar. Luego, en un segundo momento, Gadamer añadiría que al concepto de situación le pertenecería el de horizonte: "Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto"¹⁶. Y a continuación, comentaría el discípulo de Heidegger que tanto Nietzsche como Husserl habrían sido los filósofos que más habrían contribuido a la utilización filosófica de este concepto, insistiendo en la relación condicionante y condicionada entre el pensamiento y la finitud vital en relación con la tradición. "La elaboración de la situación hermenéutica significa entonces la obtención del horizonte correcto para las cuestiones que se nos plantean cara a la tradición"¹⁷.

¹³ "La triplicidad de la historiografía tiene su base en la historicidad del «ser ahí». [...] La historicidad propia es el fundamento de la posible unidad de los tres modos de la historiografía. Pero la base de este mismo fundamento de la historiografía propia es la temporalidad en cuanto sentido existencial del ser de la cura" (Heidegger, Martin: *id.*, 427-428).

¹⁴ Gadamer, Hans G.: *Mito y razón*. Barcelona, Paidós, 1997, 16.

¹⁵ Gadamer, Hans G.: *id.*, 17.

¹⁶ Gadamer, Hans G.: *Verdad y método* (vol. I). Salamanca, Sígueme, 1977, 372.

¹⁷ Gadamer, Hans G.: *id.*, 373.

Seguiría posteriormente Gadamer, una vez definido el concepto de horizonte, con una crítica a la crítica nietzscheana al historicismo, que a nosotros no nos atañe pero que nos conduciría, con su reivindicación de una Historia Conceptual de horizonte abierto, hasta el autor del que Heidegger y Gadamer son precedentes en esta disciplina: Koselleck, cuya marca del texto nietzscheano ras-trearemos ahora.

Y es que la presencia de Nietzsche en las reflexiones teóricas de Koselleck se puede advertir tanto de modo explícito, cuando el segundo cita al primero, como de modo implícito, silencioso, de un modo que asume las consideraciones nietzscheanas como supuesto fundamental desde el que teorizar sobre la historia. Y así, ya desde su artículo sobre la voz "Historia", por ejemplo, en el diccionario de *Conceptos históricos fundamentales*, Koselleck alude a Nietzsche y su segunda intempestiva. Éste es un análisis de la ambigüedad del concepto de "historia" como *Geschichte* y como *Historie*, pues la primera palabra tenía tanto el sentido de historia acontecida como de historia narrada, mientras que la segunda se refería más bien al segundo sentido. La aparición de Nietzsche, en cuyo texto la distinción entre historia acontecida e historia contada o forma de contar la historia es crucial, se debe a su crítica de la *Historie* y las tres formas que presenta (y que ya hemos enumerado al referirnos a Heidegger: anticuarria, monumental y crítica). Koselleck menciona que Nietzsche combina "criterios internos al trabajo científico y su funcionamiento hacia el exterior"¹⁸ para mostrar las dificultades que la historia narrada suponía para una vida saludable, y proponiendo tanto lo ahistórico como lo suprahistórico como posibles salidas.

Sin embargo, sería en *Futuro pasado*, concretamente en sus artículos sobre las relaciones entre historia social e historia conceptual y sobre las categorías de expectativa y experiencia, donde la presencia de Nietzsche nos parece mucho más sutil e interesante. En primer lugar, la vinculación entre historia y lenguaje, la inserción histórica del lenguaje, su labilidad, su multivocidad, y a la vez su repercusión sobre la historia acontecida, sobre la facticidad histórica, abre un mundo de reflexión en el que Nietzsche ocupa un lugar privilegiado. En segunda instancia, la Historia Conceptual abre las puertas a

una consideración sobre las condiciones de posibilidad de las historias, trasunto kantiano, que Koselleck reformula en términos de una Histórica o incluso de una antropología trascendental; consideración que en Nietzsche toma la forma de una antropología crítica del presente, lo cual da pie a una posible comparación de los presupuestos antropológicos que subyacen a ambas teorías, teorías que coinciden en una crítica del proceso de la modernidad. En tercer lugar, esta crítica de la modernidad podemos esbozarla de manera sucinta: ambos autores criticarían la moralización de la historia, su conversión en un proceso de mejora moral y social, como si hubiera un ideal de justicia tras la historia acontecida (esto se hará explícito en un artículo posterior del propio Koselleck). Moralinas aparte y a fin de evitar confusiones, hemos de aclarar que cuando después hablemos del sentido de la historia, como una andanza "en pos de lo mejor", no entendemos tal propensión al modo de un progreso; dicha idea ilustrada de la *progressio* quedó totalmente denostada en la obra más famosa de Toynbee: *A study of history*, donde el autor esclarece cómo el devenir humano se parece a un ascenso, por supuesto seguido de la consabida caída, donde colegimos asimismo tantos pueblos estacionarios como las distintas velocidades de los que avanzan y aún los tumbos de los que retroceden. En definitiva, ni linealidad ni ciclicidad sino ambas y bajo la batuta de lo que se va interpretando como óptimo, pues al "fin y al cabo, si un vehículo ha de adelantar por el curso que haya establecido su conductor, tendrán que sostenerlo ruedas que giren monótonamente"¹⁹.

Antes de proseguir, queremos hacer un inciso crítico a las modalidades historiadoras de la Historia Conceptual y de la Histórica, sin que ello menoscabe nuestra anuencia general a la labor koselleckiana. Estas objeciones gravitan en torno a: 1) Sus limitaciones cronotópicas (o un tiempo y un espacio dados a estudio), ya que muchos son los momentos y espacios preconceptuales habidos en la historia; no es que tales "espacios" sean anteriores a la conceptualización, pues todos los pueblos construyen y transmiten sus conceptos sobre el mundo y sobre sí mismos, sino en el sentido de que para tiempos históricos muy prolongados no disponemos de su debido registro conceptual (y no diga-

¹⁸ Koselleck, Reinhart: *historia/Historia*. Madrid, Trotta, 2004a, 150.

¹⁹ Toynbee, Arnold J.: *La civilización puesta a prueba*. Buenos Aires, Emecé, 1954, 22.

mos, en el caso de los pueblos ágrafos). Por ello, declarábamos implícitamente al principio que es conveniente “analizar el pasado histórico desde diferentes puntos de vista, que unas veces pueden ser antitéticos y otras complementarios”²⁰ más siempre necesarios. 2) El apego mayormente localista de Koselleck en sus trabajos, pues se ciñe, por lo general, a la historia alemana; además, dentro de su germanismo, se interesa sobretodo en el período interedadil que él nomina *Sattelzeit*²¹ (o período bisagra). 3) La presencia de ciertas incoherencias, derivadas de una mescolanza entre las concepciones dieciochesca y decimonónica de los conceptos de “progreso” y de “evolución” dadas en cada uno de estos dos medios siglos conformantes del *Sattelzeit*; como se desprende de lo recién apuntado, esta confusión hermenéutica, si es que podemos llamarla así, adviene ínsita a la tesis koselleckiana del mentado *Sattelzeit*. 5) Y al fin, Koselleck parece desoir la historialidad presente en sus propias categorías heurísticas, empleadas por él como sus herramientas investigadoras más básicas.

Volviendo con el trayecto más positivo del historiador alemán, al centrarnos en su artículo “Historia conceptual e historia social”, vemos cómo Koselleck hace mención expresa de una tesis nietzscheana justo cuando está distinguiendo entre palabra y concepto: el concepto sería más que una palabra porque se le ha adherido “un contexto de experiencia y significado sociopolítico [...]. Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos”²². Esta distinción, es heredera de la propuesta de Gadamer en su artículo sobre “La historia del concepto como filosofía”²³, pero también podríamos rastrear la raíz nietzscheana de esta distinción entre palabra y concepto en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, aunque ahora cabría centrarse en la referencia directa que hace Koselleck a Nietzsche; tras aseverar que un concepto puede ser claro, pero necesariamente polívoco, Koselleck cita una frase de Nietzsche de la que no da referencia: “Todos los conceptos en los

que se resume semióticamente un proceso completo se escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia (Nietzsche)”²⁴. Los conceptos son polívocos, y por ello equívocos, indefinibles, puesto que resumen una historia que les queda adherida y que incorporan a su bagaje semiótico. Así pues, en la distinción entre palabra y concepto, es decir, en la definición de concepto, o mejor dicho, el concepto koselleckiano de “concepto”, la derivación es nietzscheana. Ahora bien, si descubrimos que esa frase de Koselleck pertenece a un ejercicio nietzscheano de “historia conceptual” genealógica, la relación se enriquece: el texto citado pertenece al § 13 del segundo tratado de *La genealogía de la moral*, apartado en el que Nietzsche emprende una investigación sobre el concepto de pena, del que ofrece un catálogo ingente de significaciones.

Así pues, tenemos aquí un precedente clave en la Historia Conceptual y reconocido por el propio Koselleck; un precedente que se remonta al procedimiento genealógico, al menos en lo que se refiere a la caracterización de la naturaleza de los conceptos. Aunque ello no es óbice para indicar la originalidad de ciertos aspectos en la definición de los conceptos en Koselleck, como es el caso al caracterizarlos como factores e índices de una situación y como nudos en los que se coligan las tres formas del tiempo: el pasado como experiencia, la expectativa en el futuro y el uso sociopolítico en el presente.

Pero la relación de Koselleck con Nietzsche es un poco más compleja y reenvía de nuevo a los antecedentes koselleckianos de la historia conceptual, Heidegger y Gadamer; por ello quisiéramos desarrollarla un tanto, a modo de conclusión de esta sección, retomando algunas de las cuestiones comentadas más arriba. Y así, volviendo sobre la señalada relación entre Nietzsche y Heidegger, trataremos brevemente la cuestión de la Historia Conceptual como disciplina sobre la condición de posibilidad de las historias, como Histórica, que diría Koselleck, esto es: como una especie de antro-

²⁰ Bermejo, José C.: *Introducción a la historia teórica*. Madrid, Akal, 2009, 113.

²¹ Palti, Elías J.: “Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, en *Ayer*, 53, Madrid, 2004, pp. 63-74, quien entiende que dicho “período de honda mutación conceptual, entre 1750 y 1850, [...] supuestamente establecería las grandes coordenadas políticas, sociales e intelectuales de la modernidad” (63) según la consabida óptica koselleckiana, visión que Palti, junto con otros autores, no comparte sin más.

²² Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 1993, 117.

²³ Gadamer, Hans G.: *Verdad y método* (vol. II). Salamanca, Sígueme, 1992, 81-93.

²⁴ Ídem nota 22.

pología trascendental y luego, retomando los lazos del solitario de Sils-Maria con Gadamer, esbozaremos tanto la cuestión de la distancia entre lenguaje e historia efectiva, que en Koselleck se concretaría en la conocida disputa entre historia y hermenéutica, como el papel de la *historia magistra vitae*, su función formativa, relacionada con un proyecto vital individual y sociopolítico compartido.

Son diversos los textos en los que Koselleck se refiere a su proyecto de una teoría científica de la historia, una Histórica, una disciplina que muestre las condiciones de posibilidad de las historias, de las diversas formas de hacer y escribir la historia, una fundamentación sólida que vaya más allá del programa hermenéutico de hacer de la historia un caso hermenéutico. Esta fundamentación alternativa quiere incidir en que no toda la historia se reduce al lenguaje, sino que en ella se incorporan categorías que, aunque se hayan de expresar lingüísticamente, apuntan a las condiciones que hacen posible conformar un discurso lingüístico digno de ser calificado como cliología. Por ello, la historia de los conceptos, el análisis de sus vectores temporales internos, tanto hacia el pasado como su orientación al futuro, en tanto que instrumento de acción política y social en el presente, es un paso previo, una propedéutica; investigación preliminar que permite poner de manifiesto un par de categorías, de metaconceptos, como lo son la experiencia y la expectativa que se incluyen en todo concepto. Ambas, de acuerdo con la inspiración cuasi kantiana del proyecto de Koselleck, se identificarían con las formas puras de la intuición: el espacio y el tiempo²⁵.

No obstante, Koselleck extrae una derivación que va más allá del nivel conceptual, del nivel de la estructura de los conceptos: se trata de una consecuencia antropológica.

“Por lo tanto, nuestras dos categorías indican la condición humana universal; si así se quiere remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible.”²⁶

Aquí se encuentra la caracterización de la Histórica como una especie de antropología tras-

cedental, en la medida que es condición de posibilidad de las historias. Ahora bien, a ese par categorial central de espacio de experiencia y horizonte de expectativa se le han de añadir otra serie de características que condimentan la propuesta koselleckiana de su Histórica. En su conferencia “Histórica y hermenéutica”, en la que polemiza con el proyecto gadameriano de subsumir la historia en el programa hermenéutico, Koselleck expone una serie de pares categoriales “para tematizar algo así como la estructura fundamental temporal de posibles historias”²⁷. Estos pares (inspirados en Heidegger y Schmitt) son los siguientes: tener que morir/poder matar, amigo/enemigo, interno/exterior, antes/ahora (diferencia generacional), y finalmente amo/esclavo. Según Koselleck, Heidegger remitiría todos estos factores categoriales a la existencia humana, condensándolos en la historicidad, mientras que él pretende ir más allá y dar cuenta de cómo es posible crear historias a partir de ellos²⁸. En otros textos, como en su entrevista con Carsten Dutt, Koselleck no desdeña estos pares categoriales (allí habla de antes-después, fuera-dentro y arriba-abajo) ni las implicaciones antropológicas de su Histórica, implicaciones que Koselleck no quiere extender a la postulación de una racionalidad en la historia, pues según él esto puede descargar la responsabilidad presente de los agentes de la historia.

Tengamos en cuenta que Koselleck admite que está radicalizando, o retomando para conducirla a una estrategia kantiana de condiciones de posibilidad, la “analítica de la existencia humana”; esto, partiendo del análisis del *Dasein*, emprendido por Heidegger en *Ser y tiempo*, lo cual abunda en la idea de un acercamiento antropológico de su Histórica.

De hecho, una de las tareas de esta disciplina sería la capacidad de predecir, de marcar los horizontes de expectativa, partiendo de un análisis de estas categorías y de la estructura experiencia-expectativa inmanente a los conceptos históricos. La teoría de los estratos del tiempo vendría a tratar de responder este interrogante: “¿Qué se repite de hecho para posibilitar la singularidad? ¿Cuántas fuerzas de repetición se necesitarían [...] para poder

²⁵ Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado...*, op. cit., 335.

²⁶ Koselleck, Reinhart: *íd.*, 336.

²⁷ Koselleck, Reinhart: *Historia y hermenéutica*. Barcelona, Paidós, 1997a, 73.

²⁸ Koselleck, Reinhart: *íd.*, 85.

ser innovadores?”²⁹. Koselleck apunta a ciertas características biológicas, como la pérdida de capacidad de sorpresa que deviene en los viejos, y no así en los jóvenes³⁰; pero de mayor interés es la siguiente reflexión sobre los tres estratos, el de corta, el de media y el de larga duración, que en última instancia es el que posibilita la repetición de acontecimientos:

“En tercer lugar, hay un plano de duración, por así decirlo, metahistórica, que no por eso es atemporal. Se pueden ubicar hipotéticamente en este plano aquellas *constantes antropológicas que se sustraen más que todos los otros factores a la presión de la transformación histórica*. De este ámbito procede un sinnúmero de proposiciones empíricas que por principio son susceptibles de repetición y aplicables siempre y una y otra vez.”³¹

Los pares categoriales de la antropología o Histórica de Koselleck subyacen tanto a la repetición del acontecimiento como al conocimiento de éste. La fundamentación antropológico-biológica es la condición de posibilidad de las historias y de su posible conocimiento y pronóstico: “Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento”³² o también cuando se dice que “el curso de la historia descansa sobre el hecho de que las experiencias que una vez se hicieron son potencialmente repetibles, no sólo por su reelaboración metodológica, sino porque los mismos modos de experiencia se repiten estructuralmente—de otro modo la historia sería inconcebible—”³³. Así pues, tenemos una antropología filosófica en el fondo de la Historia Conceptual, una antropología que, además del par categorial de experiencia y expectativa y el listado de pares antitéticos, se basa en esta asimetría parcial entre lenguaje e historia.

Y, en definitiva, a lo que remite, o con lo que discute, esta raíz heideggeriana de la Histórica de Koselleck sería, no lo olvidemos, la antropología implícita existente en el fondo de la teoría nietzscheana de la historia. Parentesco con aquella antro-

pología que apunta en el comienzo de la segunda intempestiva y su paradójica fábula, en la que un animal no puede hablar, porque olvida, mientras que otro se encuentra atrapado en la dialéctica entre recuerdo y olvido. Koselleck parece olvidar el olvido mismo, y con él la capacidad del recuerdo selectivo, como uno de los rasgos básicos de la antropología histórica; sin embargo, el autor alemán está cercano a esta intuición al tratar el tema de la capacidad de sorpresa³⁴. ¿No puede ser el olvido uno de los motivos de la repetición en la historia? ¿No lo es también de la necesidad de narrar la historia?

Pero esta no es la única ocasión en que podemos señalar una compleja relación genealógica entre la Historia Conceptual y las tesis nietzscheanas, sino que, como venimos indicando, la cuestión de la distancia entre historia y lenguaje, que sirve a Koselleck para desmarcarse de los intentos gadamerianos de reducir ésta a un subcaso de la hermenéutica, también sería un supuesto antropológico básico de su teoría de la historia y, por ende, un punto nodal de las relaciones más o menos explícitas con el pensador decimonónico.

Lo que queremos señalar es la consecuencia primera de esta discordancia entre la historia acontecida y el lenguaje que ha de dar cuenta de ella: la problematización del sentido de la historia acontecida misma. La discordancia entre lenguaje e historia lo es, a su vez, entre la razón y la historia, lo que conduce en última instancia a plantearse el problema del sentido o sinsentido de la historia que ha acontecido: éste es el tema de su artículo “Vom Sinn und Unsinn der Geschichte”.

En dicho artículo se explicita esta “paradoja irresoluble” entre la historia acontecida y la interpretada, pues la racionalización de la primera sólo puede darse después de acontecida: es lo que llama la *logificatio post festum*, sentencia que recoge el espíritu de la lechuza hegeliana, que sólo emprendía el vuelo al atardecer. La primera tesis que extrae Koselleck en este texto es que la historia, entendida

²⁹ Koselleck, Reinhart, en Dutt, Carsten y Koselleck, Reinhart: “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en *Isegoría*, 29, Madrid, 2003, 211-224 (cita en 216).

³⁰ Koselleck, Reinhart: *Los estratos del tiempo...*, op. cit., 81.

³¹ Koselleck, Reinhart: *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia, Pre-Textos, 2003, 92 (las cursivas son nuestras).

³² Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado...*, op. cit., 1993, 336.

³³ Koselleck, Reinhart: *Los estratos del tiempo...*, op. cit., 81.

³⁴ Koselleck, Reinhart: *íd.*, 41-42.

como un todo, permanece irracional, pues “racional a lo sumo lo es su análisis”³⁵. Lo propio de la historia acontecida no es que tenga un sentido o un sinsentido, sino que lo que la caracteriza es la carencia o falta de sentido (*Sinnlosigkeit*). En este punto no podemos menos que disentir del historiador alemán, ya que, independientemente del punto de vista que se tome, el sentido de la historia radica –como decíamos– en nuestro “afán de lo mejor”; desde luego, ésto no excluye lo justificado infra, de ahí la importancia de la empatía para historiar, de ponerse en el lugar del otro (sea ese “otro” una persona, una cultura ajena, o nuestra propia sociedad en un momento del pasado). De este modo, en esta constante y vivencial operación de sentido histórico, uno de los subsistemas más antiguos –sino el más antiguo³⁶– de los construidos humanamente: el religioso, destaca precisamente en su común denominador de presentar *sentidos* a la historia³⁷; otra cosa es el crédito que se les dé institucionalmente a tales sentidos, que no han cejado de reproducirse también desde otros campos: la filosofía, la ideología, la política... y en todos los tiempos.

La alternativa Koselleck, empero, discurre por otro lado, ya que está criticando la donación de sentido, la translación de sentido que se da partiendo de la interpretación para conferirlo a los hechos, de modo que el sentido que se encontraría en los acontecimientos no sería más que el que hemos puesto en ellos. En este contexto es donde emerge Nietzsche y su segunda intempestiva: él habría sido el primero en presentar una severa crítica de esta actitud, pese a que no quedaría libre de ciertas dificultades inherentes a su propia crítica. Para ello Nietzsche recupera el concepto clásico de *Historie* como “ciencia de la Historia”, y la convierte no ya en *magistra*, sino en *ancilla vitae*, tal comenta Koselleck. Según éste, el autor de las intempestivas habría tenido como objetivo cuatro

axiomas básicos del concepto moderno de *cliología*: la teleología, la necesidad, la justicia y las metáforas de las edades (como la mayoría de edad de la humanidad), cuya crítica no vamos a exponer aquí pero que nos servirán para abrir el último punto de nuestro análisis de las relaciones entre ambos autores. Koselleck, pues, detecta algunas dificultades en el propio texto nietzscheano. Quizá la principal sea que el desplazamiento de la historia a ser sierva o doncella de la vida, y ya no su maestra, lo que hace es trasladar a su vez el problema del sentido de la historia al del sentido de la vida; con lo cual, este concepto también evoca preguntas por fines (*Zweckfragen*), y con ellas preguntas por el sentido (*Sinnfragen*). La paradoja del sentido sigue siendo irrebasable desde coordenadas nietzscheanas: “La necesidad de sentido no es ninguna garantía de que lo que ocurra con y por nosotros tenga pleno sentido”³⁸. En esta medida el problema del sentido queda abierto en la antropología nietzscheana, un punto que Koselleck compartiría hasta cierto punto, como da a entender la última frase de su artículo: “La historia no es ni un tribunal ni una coartada”³⁹. La responsabilidad siempre queda, y ha de quedar, en manos de los agentes humanos que participan y que interpretan la historia⁴⁰; miedo éste que, nosotros, no entendemos achacable al “sentido de la historia”, entre otras razones porque tal metonimia es asimismo conceptual y por ello es un término multívoco como seguidamente exponemos.

Así, yerra Koselleck al atribuir univocidad al trasunto del “sentido”, como ya adelantábamos supra, siendo la tarea *cliológica* precisamente la de empatizar con el pasado; así, la historia sólo se conoce con cierta completud si practicamos la empatía con lo completamente otro, es decir: con “lo que fue y ya no es”. No sólo, pues, endilgamientos de *sentido*, sino también y sobretodo búsqueda de los *sentidos* que los hombres de otros

³⁵ Koselleck, Reinhart: “Vom Sinn und Unsinn der Geschichte”, en *Merkur*, 577, Berlín, 1997b, 319-334 (cita en 323).

³⁶ Luhmann, Niklas: *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*. Madrid, Trotta, 1998, 48. El mismo autor, un poco antes (28), nos brinda una definición del sentido histórico, al entender *sentido* como “la conexión entre lo actual y lo posible; [ya que] no es lo uno o lo otro” sino ambos y su interrelación.

³⁷ Ginés, Jesús y Matte, Alfredo: *Hacia una interpretación cristiana de la historia*. Barcelona, Herder, 1974; y Löwith, Karl: *El sentido de la historia*. Madrid, Aguilar, 1968, entre otros.

³⁸ Koselleck, Reinhart: “Vom Sinn...”, op. cit., 332.

³⁹ Koselleck, Reinhart: *íd.*, 334.

⁴⁰ Koselleck, Reinhart, en Dutt, Carsten y Koselleck, Reinhart: “Historia(s) e Histórica...”, op. cit., 214.

tiempos (y lugares si es el caso) conferirían a su vivir⁴¹. Un ejemplo de lo expuesto lo tenemos en una obra de Michel de Certeau, *La fábula mística*⁴², donde el autor no pretende tanto registrar el testimonio epocal de aquellas narraciones de la mística moderna, como informar de su particularidad, tan ajena y tan semejante a un tiempo a la de los cristianos de hoy; de este modo, lejos de atribuirse una exégesis ultimadora, quiere “evitar a este relato de viajes el «prestigio» (impúdico y obsceno, en su caso) de ser tenido como un discurso acreditado por una presencia, autorizado para hablar en su nombre, en fin, que supone que sabemos de qué se trata”⁴³. Otro ejemplo lo tenemos en los trabajos de Darnton, Furet o Roche, quienes cuestionan con sus estudios la difusión real (es decir, la influencia efectiva) de los conceptos de la Ilustración tenidos por esenciales, que empero fueron ignorados en su momento por el gran público⁴⁴. Esto mismo es lo que pioneramente propone Foucault en sus indagaciones, con su llamamiento a sustituir el comentario clásico, donde “comentar es admitir por definición un exceso del significado sobre el significante, un resto [...] que, por una superabundancia propia del significante, se puede al interrogarlo hacer hablar a un contenido que no estaba explícitamente significado”⁴⁵; sustitución, en fin, por “un análisis estructural del significado, que escape a la fatalidad del comentario dejando en su adecuación de origen significado y significante”⁴⁶.

¿Tiene la cliología alguna capacidad formati-

va? ¿Es la *ancilla*, también una *pedagoga*? Pues bien, el caso es que Nietzsche pone la historia al servicio de la vida precisamente porque detecta los peligros de la magistratura histórica, de la formación histórica (*historische bildung*) que se está llevando a cabo en su momento histórico. El problema, pues, se desplaza al campo de la formación y de la educación, de una filosofía crítica con el modo de educar basado en una determinada forma de hacer e interpretar la historia. La responsabilidad sociopolítica, escolar, de la cliología se pone de relieve en el análisis nietzscheano, a un nivel en principio más modesto que la voluntad de predicción del proyecto histórico de Koselleck. Esta responsabilidad también lo es del historiador, en la línea de Koselleck –como a continuación recordamos–, mas queremos adelantar una observación sobre el siempre polémico trasunto de la objetividad y la subjetividad en “la historia de los historiadores” (identificadas simplistamente con la verdad y la mentira), pues, como expone Ricoeur⁴⁷:

“la subjetividad puesta en obra no es una subjetividad *cualquiera*, sino precisamente la subjetividad del historiador: el juicio de importancia, –el conjunto de esquemas de causalidad–, el traslado a otro presente imaginado –la simpatía por otros hombres, por otros valores–, y finalmente esa capacidad de encontrarse con alguien de otra época, todo eso confiere a la subjetividad del historiador una riqueza mayor de armonías que las que

⁴¹ Es dicha investigación la conducente a la comprensión, según el predicamento de Gallie, Walter B.: *Philosophy and the historical understanding*. Nueva York, Schocken Books, 1968. En esta línea del *sentido de la historia*, también “Marx se vio confrontado con el doble enigma de que la acción humana, a diferencia del fabricar y producir, no alcanza casi nunca lo que en rigor pretende, pues actúa en un marco de «muchas voluntades operando en distintas direcciones», y de que, no obstante, la suma de acciones registradas que llamamos Historia parece tener un sentido.” (Arendt, Hannah: “Religión y política”, en *Isegoría*, 29, Madrid, 2003, 191-210 –cita en 199–). La conocida solución marxiana, para evitar atribuir a Dios la batuta de la historia, es su tesis de la “superestructura ideológica”; suprematismos al margen, concordamos con el “fondo” de lo defendido por Marx, ya que hay, por períodos y regiones (más o menos amplias según la cronotopía abordada), unas cuantas interpretaciones comunes a la gran mayoría poblacional de qué sea “lo mejor” entonces y allí, independientemente de cuánta optimización se logre o de cuán errada pueda ser –objetivamente– tal o cual interpretación de ese o aquel “mejoramiento”. Dicha visión común es la anagoge o telón de fondo experiencial propio de un período y lugar (*apud* Jameson, Fredric: *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid, Visor, 1989, 26), y es la conjunción de los dos últimos elementos mentados (tiempo y espacio) lo que llamamos “cronotopía”.

⁴² Certeau, Michel de: *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*. México, UIA, 1993.

⁴³ Íd., 11.

⁴⁴ Averbach, Mária, Bello, Kenya y Darnton, Robert: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México, FCE-LSL, 2006; Furet, François: *El pasado de una ilusión*. México, FCE, 1995; y Ferrone, Vincenzo y Roche, Daniel (coords.): *Diccionario histórico de la Ilustración*. Madrid, Alianza, 1998.

⁴⁵ Foucault, Michel: *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México, Siglo XXI, 1989, 10-11.

⁴⁶ Íd., 12.

⁴⁷ Ricoeur, Paul: *Historia y verdad*. Madrid, Encuentro, 1990, 31.

encierra por ejemplo la subjetividad del físico. Pero no por eso esta subjetividad es una subjetividad *a la deriva*. [...] Porque ¿quién es el historiador? Lo mismo que el objeto percibido guarda relación con lo que Husserl llama el cuerpo orto-estético, es decir, con una sensorialidad normal, también el objeto científico guarda siempre relación con un espíritu recto; esa relatividad no tiene nada que ver con un relativismo cualquiera, con un subjetivismo de querer-vivir, de voluntad de poder, o qué sé yo. La subjetividad del historiador, como toda subjetividad científica, representa la victoria de una buena subjetividad sobre una mala subjetividad.”

La pretensión de Koselleck es, pues, recuperar la capacidad magistral de la historia, su facultad de ofrecer patrones de conducta para el futuro basándose en el pasado, lo cual supone unas estructuras de repetición que fundamentan tales patrones de conducta. Esto se habría venido abajo, según nuestro autor, con la dislocación entre el enorme horizonte de expectativas abierto en la modernidad, un horizonte que rebasaría todas las posibles acumulaciones de experiencia pasada y que ya no se cerrará.

No obstante, no hemos de obviar que en ambos autores la situación de la cliología es tomada como índice y a la vez instrumento de crítica de la Modernidad. Nietzsche, el médico de la cultura, propone un nuevo modo de hacer cliología para poder diagnosticar los problemas de la modernidad; en el caso de Koselleck, la metáfora médica no está ausente, pues su tesis doctoral se refería a la patogénesis de la modernidad. Ahora bien, el joven Nietzsche planteaba la crítica con la intención de poner en apuros todo el sistema cultural y formativo alemán desde las coordenadas intempestivas que le facilitaban sus modelos griegos. La propuesta de Koselleck para superar las aporías de la modernidad, la radical separación entre experiencia y expectativa, entre pasado y futuro, es la capacidad de predicción del futuro, no partiendo de un modelo antropológico trágico, sino forjando uno nuevo, una antropología trascendental o Histórica, “una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de los acontecimientos”⁴⁸.

Sin embargo, el interrogante con el que abrimos nuestro artículo, lejos de cerrarse con esta exposición detallada de algunas de las ideas centrales de la Historia Conceptual y su relación genealógica, de origen, con algunas de las tesis de filosofía de la historia de Nietzsche, permanece abierto, poniendo en cuestión la defensa que de la historia como ciencia hace Koselleck. Y es que en este caso, en el peligro quizá no esté la salvación, dado que, como ya hemos venido adelantando, las tesis nietzscheanas que sirven de base y de objeto de discusión a la disciplina koselleckiana quizá podrían dinamitar desde dentro sus propias pretensiones de legitimación científica de la Histórica. Tal extremo, lo habrían señalado ya algunos de los herederos de la reflexión filosófica, que sobre la disciplina histórica mantiene Friedrich Nietzsche, como, por ejemplo, Hayden White (deudo, en su posicionamiento, de Roland Barthes). Empero, sí hay otros caminos en la historiografía para clarificar dicha cuestión, como ya hemos señalado e iremos completando en las restantes secciones de nuestro artículo.

3. LENGUAJE E HISTORIA

“Una breve historia, una narración sobre un efímero instante de la historia del universo en el que en un remoto planeta, durante un instante, unos animales inventaron el conocer”: así empieza la nietzscheana *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. El intelecto “caduco y sombrío” es “inútil y arbitrario” en la naturaleza, dirá Nietzsche, y sólo cobra sentido en tanto que instrumento de la vida humana: “Pues no hay para ese instrumento ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana”⁴⁹.

En este breve escrito sobre el problema del conocimiento, el lenguaje va a cobrar un papel crucial. Más allá de la historia social, del tratado de paz (*Friedensschluss*), que permite un mínimo de vida social y en el que se inicia ya el impulso hacia la verdad, lo que nos interesa destacar son las implicaciones lingüísticas de ese estado: en este ámbito, lo verdadero y lo falso se aceptan por igual mientras no perjudiquen a las vidas de los individuos. Verdad y mentira sólo son queridos en tanto no

⁴⁸ Koselleck, Reinhart, en Dutt, Carsten y Koselleck, Reinhart: “Historia(s) e Histórica...”, op. cit., 221.

⁴⁹ Nietzsche, Friedrich W.: “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, en *Antología*. Barcelona, Península, 2003, 67.

perjudiciales, de modo que en el lenguaje se van consolidando una serie de convenciones que gracias al olvido acaban haciéndonos creer que toda verdad lo es en tanto que adecuación o correspondencia entre la cosa y la palabra, cuando en absoluto es así, según la tesis nietzscheana.

La verdad, en la tesis de Nietzsche, nada tiene que ver con la génesis del lenguaje; es un subproducto, un epifenómeno derivado de un proceso de metaforización, de usos y abusos, y también de olvido de este proceso. En cada palabra se condensarían según Nietzsche al menos dos metáforas, dos transferencias: la primera, del estímulo a la imagen, la segunda, de la imagen al sonido articulado. Aquí la metáfora es la transposición, la extrapolación de un plano a otro de un contenido significativo que queda doblemente mediado, con lo cual no se debería pretender la unidireccionalidad implícita en la definición de la verdad, como adecuación entre la palabra y la cosa. Por supuesto, la conclusión del razonamiento nietzscheano es tautológica, ya que la arbitrariedad (en general) del lenguaje no obsta para que éste sea la mejor adecuación que poseemos para cualquier comunicación, incluida, como no, la verdad.

Sin embargo, además del papel de la metáfora en la génesis del lenguaje, de la palabra, hay que destacar una distinción que hace aquí Nietzsche, y que aparece en el centro mismo de la estrategia de la Historia Conceptual: la distinción entre palabra y concepto. Pese a que esta diferenciación puede responder a un tópico común, a un resultado independiente, a nuestro juicio está vinculada con la definición de concepto que Koselleck remitía a *La genealogía de la moral*: “todos los conceptos en que se condensa semióticamente un proceso entero escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia”⁵⁰. Según Koselleck, a diferencia de la palabra, el concepto no tiene un signi-

ficado unívoco, sino que condensa en él un conglomerado de estratos semánticos, que además tienen una efectividad historicosocial: “una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico [...] pasa a formar parte globalmente de esa única palabra. [...] Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos”⁵¹. De un modo semejante había definido Gadamer el concepto, destacando su polivocidad, frente a la univocidad de la palabra (extremo, empero, que tampoco es del todo cierto). La definición nietzscheana de concepto va en una línea muy semejante, línea que recoge esta intuición de que el concepto aprehende lo concreto de la situación y se utiliza en otros contextos; en el concepto se iguala lo no-igual:

“Pensemos un poco más sobre todo en la formación de los conceptos: toda palabra se convierte de manera inmediata en concepto en cuanto que, justamente, no ha de servirle a la vivencia originaria, única y por completo individualizada, gracias a la cual se generó, por ejemplo, de recuerdo, sino que tiene que ser apropiada al mismo tiempo para innumerables vivencias más o menos similares, esto es, nunca idénticas hablando con rigor, así pues, ha de ser apropiada para casos claramente diferentes. Todo concepto se genera igualando lo no-igual.”⁵²

El concepto no es un mero recuerdo, que ha de servir a la vivencia originaria; no sólo condensa el pasado, sino que ha de servir para vivencias similares, presentes o futuras. No es mero índice, también sería factor de posibles experiencias futuras, por emplear la terminología de Koselleck. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que en éste y otros textos, Nietzsche insiste en la radicalidad de la metáfora: de hecho, el concepto surge de la palabra, generada por dos metáforas⁵³. En la genealogía del

⁵⁰ Es más, el hecho de la “extramoralidad” del título del escrito de juventud (*Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*) ya ha de llamar la atención sobre la relación de dicho trabajo con *La genealogía de la moral*; Kofman ha indicado una afinidad entre el concepto como constructo epistémico y la moralidad: “«Moral» y concepto son entonces aliados naturales: la moral se sirve de la generalidad del concepto para garantizar su universalidad, el concepto usa la moral para imponerse como norma de verdad” (Kofman, Sarah: *Nietzsche et la métaphore*. París, Payot, 1972, 86).

⁵¹ Koselleck, Reinhart: *Futuro pasado...*, op. cit., 117.

⁵² Nietzsche, Friedrich W.: *Antología...*, op. cit., 72.

⁵³ En un póstumo de esa época, Nietzsche define así la metáfora: “Metáfora significa tratar como *igual* lo que se ha reconocido en cierto punto como *semejante*” (Nietzsche, Friedrich W.: *Sämtliche Werke*. Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1980, VII [19], 249). El concepto se asemejaría en esto a la metáfora pues “todo concepto se genera igualando lo no-igual” (Nietzsche, Friedrich W.: *Antología...*, loc. cit., 72); aunque la metaforización implica un mayor grado de abstracción: lo semejante en cierto aspecto (de la metáfora) no es meramente lo no-igual (abarcado por el concepto).

concepto, la metáfora es un ascendiente crucial de su linaje: aquí el origen del concepto es ascendencia (*Herkunft*) metafórica. Pero más allá de esto, en la formación del concepto, el olvido es crucial: el olvido de esa ascendencia metafórica, de que el lenguaje tiene sus raíces en las metáforas⁵⁴. El propio Nietzsche explota la metáfora genealógica-familiar para marcar la relación entre concepto, un dado con múltiples caras y valores (a diferencia de la palabra), y la metáfora⁵⁵:

“también el concepto, óseo y octogonal como un dado y, como éste, versátil, no sea a fin de cuentas sino como el *residuo de una metáfora* (*Residuum einer Metapher*) y que la ilusión de la extrapolación (*Übertragung*) artística de un estímulo nervioso en imágenes es, si no la madre, en todo caso la abuela de cada uno de los conceptos.”⁵⁶

La abuela, la metáfora o extrapolación del estímulo a la imagen; la madre, la palabra; la criatura, el concepto. En el propio discurso del filósofo alemán encontramos otra metáfora: la catedral de los conceptos se erige sobre unos fundamentos flexibles, que se dejan arrastrar por las olas del océano. Al recurrir a Nietzsche, Koselleck encuentra un arma de doble filo para su estrategia conceptual como ya advertíamos supra; arma que tanto Blumenberg como White han utilizado haciendo hincapié en la importancia de los tropos en la filosofía nietzscheana y su importancia para la teoría de la historia, mientras que un autor como Vattimo aprovechará del mismo su relevar del individuo, su exagerada exaltación del sujeto, cuando dice⁵⁷: “deja de ser posible hablar de la historia como de

algo unitario”. Huelga decir que tanto el decantamiento tropológico como la singularización encimada son visiones parciales, cuyo segundo gran defecto es el añadido negacionista respecto a la posible validez de otras argumentaciones distintas de las suyas.

Pero cabe indagar, además, en el problema del olvido de esa ascendencia del concepto: así, tal como en la historia el olvido es una de las fuerzas para hacer que la *Historie* esté al servicio de la vida⁵⁸, en el nivel del lenguaje el olvido permite que hagamos uso de los conceptos *como si* en ellos no hubiera rasgo alguno de metáfora, como si ellos refirieran directamente a las cosas. Ésta es la diferencia radical con el animal, aquí subyace uno de los ejes de la antropología nietzscheana: “Olvida, por lo tanto, las metáforas intuitivas originales en cuanto metáforas y las toma por las cosas mismas... gracias solamente a que el ser humano se olvida de sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto *artísticamente creador*, vive con alguna calma, seguridad y coherencia”⁵⁹. Cliológicamente, destaca Certeau⁶⁰ esta axiología, al considerar que

“tal vez sea posible profundizar el camino abierto por Dilthey: Él situaba lo real del lado de una *resistencia* encontrada por la investigación. [...] Tal vez debamos también buscar más del lado de las «condiciones de posibilidad» de toda historia, puesto que lo real es lo irracionalizable que permite cada racionalización, en resumen, lo ausente que hace posible la historia y, a la vez, se le escapa de las manos. Como la historia no deja de hablar de la muerte, al combatirla en nombre de nuevos

⁵⁴ Según Kofman, el concepto tendría una función de represión freudiana sobre las metáforas que lo originaron: el uso de los conceptos reforzaría ese olvido de las fuentes metafóricas de las que surgió (Kofman, Sarah: *Nietzsche...*, op. cit., 55).

⁵⁵ De hecho, en el propio texto de Nietzsche “la noción de metáfora no es ella misma más que una metáfora” (Kofman, Sarah: *Nietzsche...*, op. cit., 65). En él hay varios planos de sentido, y hay uno en que trata de explicar qué es la metáfora con metáforas: es el caso de la genealogía familiar, las figuras acústicas de Chladni, la tela de araña sobre el torrente, y otras.

⁵⁶ Nietzsche, Friedrich W.: *Antología...*, op. cit., 74. Nietzsche utiliza con sentido distinto el concepto de metáfora y el de extrapolación (*Übertragung*), aunque este último está muy emparentado con el primero. En el artículo de Siemens, Hermann: “Agonal Configurations in the *Unzeitgemässe Betrachtungen*. Identity, mimesis and the *Übertragung* of cultures in Nietzsche’s early thought”, en *Nietzsche-Studien*, 30, Berlín, 2001, 80-106, se puede encontrar un muy lúcido comentario a este último concepto, que aparece con un valor crucial en la cuarta intempestiva. Por otra parte, hay que destacar que para Nietzsche, el concepto es el residuo de la metáfora: aquí habría un punto a tener en cuenta en tanto que la estrategia de Blumenberg se ocupa de lo que llama “metáforas residuales”, no conceptualizadas en la modernidad.

⁵⁷ Vattimo, Gianni: *La sociedad transparente*. Milán, Paidós, 1989, 75.

⁵⁸ Y, como no, al servicio de la cliología, tal nos lo recuerda Certeau, Michel (de): *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. México, UIA-ITESO, 2007, 4-39, 50-73, 87-90, 101-123 y *passim*.

⁵⁹ Nietzsche, Friedrich W.: *Antología...*, op. cit., 75.

⁶⁰ Certeau, Michel (de): *Historia y psicoanálisis...*, op. 113.

nacimientos sociales, no dejará de hablar de lo real que, por definición, le falta. Pero, ¿no está ahí el estatus de todo lenguaje?”

En el esbozo de la antropología en el citado texto de *Sobre verdad y mentira...*, no sólo el olvido es una de las claves: también lo es el hecho que hay un “impulso hacia la formación de metáforas” (*Trieb zur Metapherbildung*) inscrito en los sujetos humanos y que está en la base de la ciencia, pero que encuentra su espacio propio en el arte y el mito. A partir de esta digresión sobre el lenguaje y los conceptos, Nietzsche propone una distinción de tipos antropológicos, muy esquemática: el humano intuitivo y el conceptual, el trágico y el estoico; esquema que le permite encuadrar su reflexión sobre el lenguaje en una temática más amplia y que atraviesa tanto *El nacimiento de la tragedia* como las intempestivas, encastrándolo en el problema de una cultura auténtica, cuyo modelo es la “Grecia más antigua”, una cultura en la que pueda “fundarse el señorío del arte sobre la vida”⁶¹.

En definitiva, lo que revelan estas calas en los textos de Nietzsche y su relación con la Historia Conceptual koselleckiana son algunos de los puntos problemáticos, al menos un par, ya esbozados, de la filosofía de la historia del segundo. El primero de esos puntos estaría relacionado con el problema de la antropología que subyace al proyecto de la Histórica de Koselleck. Esta Histórica como condición de posibilidad de las historias, que a su vez es condición de su repetición (y por ende de la posibilidad de aprender de lo acontecido), tenía como eje principal las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativas, categorías que se completaban con otras de raigambre heideggeriana. En cierta manera, se nos podría conceder que hay una antropología histórica (y filosófica) en los cimientos mismos de la Historia Conceptual como propuesta teórica. Si esto es así, podríamos señalar algunas reflexiones nietzscheanas que podrían indicar ciertas carencias en esa antropología de la Histórica de Koselleck.

Anteriormente, hemos apuntado ya en esta dirección: en Koselleck (y en Heidegger en cierta medida) el olvido aparece revestido de una forma negativa, cuando no es él mismo olvidado⁶². La insistencia en la memoria y el recuerdo relega a un segundo plano al hecho del olvidar, pasando por alto que todo recuerdo es a su vez olvido de alguna otra cosa. La memoria es selectiva, y aquello no seleccionado es olvidado. Pero además, Koselleck no tendría en cuenta que si el lema ciceroniano de la historia como maestra de la vida es problemático, es porque ésta olvida; es más, si los hechos en la historia se repiten, si hay una estructura de repetición, o si se pretende diseñar esa estructura (como parece intentar el propio Koselleck), más que las experiencias y la expectativas, el fenómeno que juega como articulación entre ambas instancias es el olvido⁶³; muchas repeticiones en la historia se deben al hecho de haber olvidado. Éste es un *factum* universal humano, común (aunque con diferencias) a los animales, lo que no es ninguna objeción, sino un motivo más para tenerlo en cuenta, pues según Koselleck, su proyecto “es una Histórica que apunta a aquellas condiciones metahistóricas que el hombre comparte también con los animales”⁶⁴. Pese a ello, Nietzsche es consciente de la diferencia entre el olvido humano y el animal (si se permite la generalización): la diferencia radica en que el primero puede recordar, superar el olvido, ser consciente de haber olvidado algo sin llegar a recordarlo, saber que sabía algo que ya no puede recuperar, mientras que el animal olvida sin saber que olvida porque sus recuerdos son de una naturaleza distinta.

El olvido, pues, sería una de las condiciones básicas para la repetición de la historia: si se quiere diseñar un arte de la prognosis, de la anticipación de lo por venir, no sólo han de tenerse en cuenta las expectativas y las experiencias pasadas, sino también el límite negativo de éstas, es decir, que serán olvidadas. Es de justicia, empero, reflejar una rectificación koselleckiana en este trasunto del olvido; en una de sus últimas intervenciones⁶⁵, incide en que “la histo-

⁶¹ Nietzsche, Friedrich W.: *Antología...*, op. cit., 81.

⁶² Esto no es así en el caso de Gadamer, quien en *Verdad y método* y en el preludio a un volumen colectivo, sobre la segunda intempestiva, destaca este elemento del texto de Nietzsche.

⁶³ Ricoeur, Paul: *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta, 2003, 539-657.

⁶⁴ Koselleck, Reinhart: *Historia y hermenéutica...*, op. cit., 87-88.

⁶⁵ Koselleck, Reinhart: “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en *Ayer*, 53, Madrid, 2004b, 27-45 (cita en 45).

ria real (*Geschichte*) contiene siempre más o menos que aquello que se dice acerca de ella por medio del lenguaje, así como el lenguaje expresa siempre más o menos cosas de las que contiene la historia real”.

En segundo lugar, uno de los puntos centrales de diferencia entre Koselleck y Nietzsche es la articulación de concepto y metáfora. Suponer que la metáfora es el antepasado del concepto, tiene algunas consecuencias: el concepto es una derivación de metáforas anteriores, con lo cual al ser analizado, ha de ser deconstruido, disuelto. Quizá en la obra de Koselleck se pueda encontrar un intento de llevar a cabo esta genealogía, en tanto que toma su definición de concepto de *La genealogía de la moral*, pero en todo caso, se aprecia que en Nietzsche habría una legitimación mayor de una estrategia como la de la “metaforología” de Blumenberg, en la medida que la metáfora es la condición de posibilidad de todo concepto: las metáforas no sólo serían residuos que se han quedado de lado en el proceso de racionalización, sino que también pueden ser “absolutas”, autónomas, como señala Blumenberg, porque son irreductibles a la logicidad. La metaforología iría a un nivel superior en la exploración del linaje, de la genealogía del concepto: “Esa relación implicatoria determina la relación de la metaforología con la historia de los conceptos [...] como una relación que se ajusta al tipo de la servidumbre: la metaforología intenta acercarse a la subestructura del pensamiento, al subsuelo, al caldo de cultivo de las cristalizaciones sistemáticas”⁶⁶. Pese a la humilde servidumbre que propone Blumenberg, la metaforología va “al caldo de cultivo”, a las condiciones de posibilidad, a un momento previo en la genealogía del concepto, y por ello cubre un vacío básico de la Historia Conceptual.

Además, en esta articulación entre concepto y metáfora, está en juego una concepción radicalmente distinta de la historia como disciplina: hacer de ella una ciencia sería profanarla; para Nietzsche ha de estar mucho más próxima de esos poderes supra-históricos que son el arte y la religión (algo bastante alejado del propósito de Koselleck). El caldo de cultivo metafísico de la historia, no ya como ciencia

sino como arte, como pintura de la historia acontecida, quizá sea uno de los puntos más discutibles de la posición nietzscheana: y es donde encontraría Hayden White un apoyo a su tesis de la historia como artefacto narrativo, como género literario. Aquí disienten algunos, como Vattimo, quien no es tan radical en cuanto a la posible artísticidad de la Historia, como declara al explicitar que⁶⁷: “La novedad y la importancia de la hermenéutica consisten, a fin de cuentas, en afirmar que si bien la interpretación racional (argumentativa) de la historia no es «científica» en el sentido del positivismo no por ello es puramente «estética»”. Por descontado, la postura nietzscheana es la fundadora de la fascinación artístizante en los estudios históricos tras la “contundencia” cientista del historicismo.

4. LENGUAJE Y ARTE

White, por contra de lo dicho respecto a Koselleck, ha resultado ser un más fiel heredero de Nietzsche. Releyendo al siempre polémico filósofo alemán, como un filósofo de la historia o metahistoriador *sui generis*⁶⁸, White habría tomado buena nota de alguna de las más importantes críticas del extremado Nietzsche a la posibilidad de un conocimiento histórico “científico”. White no llegaría, quizá, al radicalismo nietzscheano de un rechazo de las categorías del análisis histórico, y de las propias nociones de verdad y realidad que la disciplina maneja. Aunque sí se aleja de esa ambigüedad que caracterizaba a Koselleck, haciendo hincapié, precisamente, en otros aspectos destacados “de nuevo” por el solitario de Sils-Maria: la cuestión del lenguaje o la literatura, del arte trágico como antídoto de ciertas formas de conciencia histórica, y la de la “objetividad” a cuyo servicio se pondría la historia, no la concebida en términos del desinterés del científico, sino la deliberadamente interesada del artista. De cualquier modo, lo objetivo “es la manifestación de los datos, sin más, y eso es irrepetible. [...] Y eso es ya la objetividad, en el sentido etimológico de la palabra, de *obiectum*, algo que está presente ante el sujeto”⁶⁹; subsiguientemente, con el

⁶⁶ Blumenberg, Hans: *Paradigmas para una metaforología*. Madrid, Trotta, 2000, 47.

⁶⁷ Vattimo, Gianni (comp.): *Hermenéutica y Racionalidad*. Barcelona, Norma, 1994, 161.

⁶⁸ White, Hayden: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, FCE, 1992a, 316-356, especialmente 316-318 y 334-335.

⁶⁹ Garay, Jesús (de) y Yepes, Ricardo: “La objetividad, viejo y nuevo problema”, en Andrés-Gallego, José (dir.): *New History, Nouvelle Historie: hacia una nueva historia*. Madrid, UC-Actas, 1993, 155-161 (cita en 156).

intermediario que es el lenguaje, tenemos que “la objetividad en la historia consiste sólo en la pretensión de contar los datos. Es decir: servirse de las palabras para dar unidad a toda esa fragmentación de datos [; con] este segundo sentido [,] a las palabras sólo hay que pedirles que se adecúen a esos datos y, si fallan, sustituirlas por otras”⁷⁰. Y, también, porque⁷¹

“la objetividad del conocimiento histórico es posible [porque] la presencia no es algo exterior a nosotros, una suerte de momento de la serie temporal pasado-presente-futuro. La presencia es más bien el modo de conocimiento humano, ejercida siempre de la misma manera. [Con esto queda] la historiografía hegeliana [...] rectificadas en lo que tiene de culminación presencial que asume todo el pasado. [...] La presencia continúa, porque conocemos presencialmente. [...] Concebir nuestro conocimiento en términos de presencia es lo que aseguraría la unidad del tiempo histórico, de la historia universal, y garantizaría la objetividad del conocimiento histórico.”

En definitiva, como dice Putnam⁷², “la mente y el mundo construyen conjuntamente la mente y el mundo” en una gran medida, y en otra no menor porción el “mundo” se construye solo, siendo la “mente” la que presenta en todo caso mayor interdependencia con la mundanidad; de ahí que, huyendo siempre de los errores hermenéuticos (maniqueísmo, reduccionismo, magnificación, etc.), podamos trabajar con una objetividad profesional más que suficiente. Es decir, estar implicado no es lo mismo que estar complicado, ya que lo mismo que establecemos el hecho en sí mismo, a la par escrutamos la distinción del tal hecho y sus relaciones conforme a los varios ámbitos analíticos disponibles.

Tradicionalmente los historiadores, según White⁷³, han tratado de ubicar su disciplina, la cliología, en un lugar intermedio y epistemológicamente neutro entre lo que hasta ayer se entendía por ciencia y el arte. Arguyendo a tal efecto no ser del todo una ciencia al estilo decimonónico, o no serlo pura, formalizada conforme a dicha –y hoy superada– concepción; ya que nuestra ciencia haría tanto uso de métodos intuitivos, siendo así una pionera, como de expedientes analíticos. Ni sería o se prestaría la cliología, asimismo, al tipo de manipulación libre de los datos a los que se brinda el arte; dotada pues como lo está de rigor metodológico y de criterios de investigación sometidos a un control racional. Con ello, siempre según White, los historiadores habrían tratado de evitar las duras críticas que desde ambos campos habrían venido recibiendo y que habrían ido cuestionando su legitimidad. Aunque ahora expondremos la visión de White, como cabeza de puente de quienes abogan por artizar la cliología, vaya por delante la muy pertinente observación de Pomian⁷⁴:

“La historia no es obvia. En este sentido no difiere de las disciplinas científicas, una de las cuales afirma que dos líneas paralelas pueden cruzarse en el infinito, mientras otra trata de convencernos de que el objeto que con toda seguridad vemos que es una silla es en realidad una nube de átomos, y otra más nos reduce a nosotros mismos, en último término, a moléculas. Pero estas disciplinas, a diferencia de la historia, pueden alegar como excusa sus alegaciones para obtener, tal vez no una adhesión meditativa a su imagen contraintuitiva del mundo y de nosotros mismos, pero sí al menos una aceptación tácita de dicha imagen en nombre de los efectos que ésta supuesta-

⁷⁰ Garay, Jesús (de): “La objetividad...”, op. cit., 157.

⁷¹ Yepes, Ricardo: “La objetividad...”, op. cit., 159-160.

⁷² Putnam, Hilary: *Razón, verdad e historia*. Madrid, Tecnos, 1988, 13. A este punto se aproximaría por otra parte White, Hayden: “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en Friedlander, Saul (comp.): *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la “solución final”*. Bernal, UNQ, 2007, 69-92 (cita en 85), al declarar que “los tipos de oposiciones que estamos obligados a trazar ([como] subjetividad y objetividad, literalidad y figuratividad, hecho y ficción, historia y mito, etcétera) [...] no significa que esas oposiciones no se puedan [o deban] usar para representar algunas relaciones reales, sino que las relaciones entre las entidades designadas con términos polares bien pueden no ser de oposición en algunas experiencias del mundo”. Dicho ingrediente de inmanencia, como él mismo señala líneas antes de la cita que hemos reproducido, lo toma White de Barthes, Roland: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona, Paidós, 2009, 33-36; elemento completado ergo por White, quien logra así en esta ocasión una mayor amplitud y validez analíticas al ajustarse mejor a la realidad.

⁷³ White, Hayden: *Tropics of discourse*. Baltimore-Londres, The Johns Hopkins-UP, 1978, 27-28.

⁷⁴ Pomian, Krzysztof: *Sobre la historia*. Madrid, Cátedra, 2007, 12.

mente produce. En cambio, la historia no cuenta con este recurso. Por ello periódicamente se le acusa de ser lo contrario de aquello por lo cual existe: no un conocimiento sino una retórica.”

En el periodo comprendido entre 1821 y 1868 diversos historiadores habrían alumbrado obras que aun hoy serían modelos de aquello en que consiste una “historia”: contar lo sucedido sin performación ideológica ni intereses espurios del historiador. Es por eso que White dedica su obra más importante: *Metahistoria*, al análisis de los más relevantes para sus propósitos: historiadores y filósofos de la historia de ese siglo. Su intención: mostrar cómo, especialmente en el caso de los historiadores, éstos no se daban cuenta de que el sentido de aquello que se contaba en la narración historiográfica estaba determinado por la elección de alguno de los diversos modos posibles de tramar la historia, y cómo tal elección los comprometía con una dimensión metahistórica, o propia del punto de vista de la filosofía de la Historia.

El interés de White sería primordialmente retórico: dar cuenta del arte de la apropiación del mundo a través del lenguaje⁷⁵. Es por ello que se centraría en la interpretación de los textos de los historiadores, en tanto que textos, y trataría de develar su verdadera dimensión como donadores o impositores de sentido sobre los fragmentos mudos de la experiencia pasada (con lo que, en tanto que atento a la constitución lingüística de la experiencia humana, se acercaría, como ya sugeríamos, a una noción de corte hermenéutico de la disciplina histórica). Esta intencional simplificación whiteana, de donde se derivan las que siguen, ya queda bien atajada por Bloch; después de preguntarse si la historia “¿merecería la pena que nos preocupáramos por escribirla?”, de inmediato responde que “escribirla quiere decir, para mí, hacerlo honestamente, verídicamente, yendo, mientras se pueda, hacia los resortes más ocultos; y, como consecuencia, hacerlo difícilmente”⁷⁶.

Para White, de entrada debe quedar claro que existe una diferencia de contenido entre los relatos ficticios y los realistas, históricos. La investigación y el archivo histórico versaría sobre hechos que han sucedido en el pasado. Ahora bien, si verdad y falsedad regirían en este ámbito, no sucedería lo mismo en el campo de la historiografía, que no se diferenciaría en sus recursos retóricos del relato imaginario. Las diversas narraciones que compiten entre sí por la preeminencia, y que suponen muy diversas elecciones, entre ellas algunas de corte ideológico, no podrían recurrir al valor de verdad para elucidar sus disputas (con lo que quedaría embozonada la distinción primera). Y es aquí donde el autor anglosajón formularía lo más característico de su propuesta, su metahistoria (con el núcleo central de la tropología). Ésta consistiría en la teoría sistemática de los dispositivos poéticos que determinan la producción de relatos históricos⁷⁷. De cualquier modo, lo reprochable de la argumentación whiteana radica en un error hermenéutico, ya que aplica “una focalización exclusiva en la dimensión referencial del lenguaje [, con lo cual] traslada, pues, su enfoque del plano de los contenidos al de las formas del pensamiento histórico y, dentro de éste, del de la lógica al de la retórica”⁷⁸.

Sobre el campo fáctico de la experiencia histórica, que el discurso historiográfico representaría, se impondrían una serie de operaciones discursivas de selección, exclusión e inclusión, regidas por uno de los cuatro tropos o figuras que propone White⁷⁹. Éstos, operando en un nivel preconceptual y estético, determinarían los contenidos conceptuales y explícitos sobre los que se impondrían. Y cada historiador manejaría quizá unas posibilidades de prefiguración distintas, con las que configuraría su campo histórico, previamente a la elaboración de su relato historiográfico; lo cual daría cuenta de la evidencia, escandalosa para cierto tipo de concepción de la cliología, de la existencia de relatos históricos rivales sobre un mismo campo de hechos. De hecho, White defendería, de entrada, una cier-

⁷⁵ Koselleck, Reinhart: *The Practice of Conceptual History*. Stanford, Stanford UP, 2002, 39.

⁷⁶ Bloch, Marc: *Apología de la història*. Barcelona, Empúries, 1984, 13 (la traducción es nuestra).

⁷⁷ Cfr. White, Hayden; *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós, 2003, 9-10; quizá sea interesante recordar que también la propuesta de Koselleck tenía un carácter metahistórico.

⁷⁸ Palti, Elías J.: “Metahistoria de Hayden White y las aporías del «giro lingüístico»”, en *Isegoría*, 13, Madrid, 1996, 194-203 (cita en 194).

⁷⁹ Aunque, ni su número, ni su estatuto o justificación es teóricamente clara (cabe aventurar que serían similares en su constitución y funciones a los pares conceptuales que conforman el “listado categorial” koselleckiano).

ta relatividad del juicio por lo que respecta a la cuestión de cuál sería la representación tropológicamente más adecuada de la “realidad”. En tanto que irreductibles entre sí, y ubicados al mismo plano, ningún modo discursivo sería, en primera instancia, más adecuado que otro para prefigurar un campo de la semántica histórica⁸⁰. Contra la supuesta operatividad de lo solamente discursivo defendida por White, en cuanto a la “selección, exclusión e inclusión” de los materiales historizables, tenemos –además de lo apuntado supra y de otros recursos que iremos apuntando– el fruto del *comprender investigando*⁸¹: el corolario de la síntesis; puesto que

“practicar la historia no es sólo establecer los hechos. También es hacerlos inteligibles, integrándolos en esquemas de los que se admite que son capaces de conferirles un sentido. [Hoy], son las ciencias sociales las que [...] proporcionan a la historia el repertorio de preguntas a las que se dedica a contestar, mostrando las experiencias que son las reconstrucciones de determinados aspectos del pasado y, a veces, consiguiendo modificar, por efecto de rebote, las ideas teóricas que subyacen en las cuestiones planteadas. [Vemos, pues], que la historia no está condenada a elegir entre los hechos insignificantes y las significaciones arbitrarias, sino que puede realizar síntesis monográficas que tengan un fundamento teórico, adaptando a su uso los cuestionarios de la economía, de la sociología, de la antropología, de la demografía, etc.”⁸²

Toda información del pasado estaría, según White, únicamente mediada por el modo del lenguaje en que el historiador encuadrará su descrip-

ción del retablo histórico. El lenguaje o figura elegido limitaría no sólo lo que no puede decirse, como las fuentes de Koselleck (que tenían una conexión irrenunciable con los hechos de la experiencia), sino también lo que puede ser dicho. El discurso sería como el fundamento sobre el que decidir qué contaría como hecho, y determinar qué modo de comprensión sería el más adecuado para esos hechos⁸³. Empero, volvemos a insistir, la base de cualquier narratividad histórica, para ser tal y no otra cosa (por próxima a lo etiológico o por sugestiva que pueda resultarnos), radica en seguir “ateniéndose a lo comprobable y verificable con pruebas y que [sea] coherente con otros relatos y el conocimiento acumulado [científicamente] sobre el asunto”⁸⁴.

El proceso discursivo de mediación, prefiguración del campo histórico, o comprensión, correría a cargo de los cuatro tropos, rescatados de la teoría retórica posrenacentista y enumerados por White: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Y éstos, como ya apuntamos, podrían leerse al trasluz del análisis trascendental kantiano en, al menos, dos sentidos: por un lado, tropos y categorías, y por otro, si entendemos la labor tropologizadora al modo de White, sujeto trascendental y punto de vista individuado por el tropo correspondiente; ambos sentidos, ergo, como capacitadores para la organización del mundo. Vincula así este autor su propuesta a algunos aspectos del psicoanálisis freudiano, como el esfuerzo por familiarizar lo no familiar de la experiencia, mediante la imposición de tipos o géneros de relatos pertenecientes al acervo cultural de un pueblo y comunidad lectora; con lo cual, cabe asimilar su intento con la transformación de la realidad nouménica en fenoménica, adaptada

⁸⁰ El propio White aventura un ejemplo académicamente arriesgado al postular la pertinencia, e incluso, problemáticamente, la superioridad de una narración sobre el genocidio del pueblo judío por parte del nazismo alemán, tal como aparece en un tebeo, que además resultó galardonado con el premio Pulitzer (y lo cierto es que los comentarios metanarrativos del protagonista y narrador, *alter ego* del autor del tebeo, en torno a la distorsión de la realidad en la narración, o los intereses y presiones diversas que le rodean, e incluso al estatuto del testigo -un padre, superviviente judío que haría cierta la afirmación de Primo Levi relativa al azar o escasas prendas morales de los salvados, por comparación a los hundidos en el universo concentracionario-, resultan altamente esclarecedores, cercanos en sus virtualidades a los rasgos que ambos autores destacan en los relatos clásicos. White, Hayden: “El entramado histórico...”, op. cit., 72-82 (en particular vid. 75 y 82); y Spiegelman, Art: *Maus*. Barcelona, Planeta, 2001, 176, 201ss). Lo bien cierto es que, bajo la excusa de una obra de arte que consiga gustar más de lo que pueda ofender, White llega a estetizar una argumentación insostenible, ya que no deberíamos colocar en un mismo rasero “el trigo y la cizaña”, por más que ambos sean “cosechados” convencionalmente juntos.

⁸¹ Droysen, Johann G.: *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona, Alfa, 1983, 35.

⁸² Pomian, Krzysztof: *Sobre la historia...*, op. cit., 81.

⁸³ Cfr. White, Hayden: *El texto histórico...*, op. cit., 64-70.

⁸⁴ Moradiellos, Enrique: *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Madrid, Siglo XXI, 2001, 258.

a la estructura del yo trascendental que así se la apropia⁸⁵.

Esa prefiguración del campo histórico, previa a la aplicación a los datos históricos del aparato conceptual, que permita representarlos y explicarlos mediante la tropología, es lo que estudió White; estudio centrado en los modos de conciencia histórica dominantes en el siglo XIX, mediante el recurso a la lectura de clásicos de la cliología y filosofía de la historia⁸⁶. Una vez más insistimos en el yerro hermenéutico subyacente, como principal causación del resultado obtenido en el análisis, en este caso whiteano; si, como decía Febvre, “de los archivos se saca un nombre, un lugar y una fecha [, es porque] los archivos son como graneros de hechos; hay que saber trabajar con ellos para lograr un conocimiento científico”⁸⁷, tal materia prima es la que hay que labrar, y la herramienta para ello es –entre otras– el lenguaje. Esta confusión, entre material y utillaje, es en la que incurre White, porque a partir de los documentos (sean éstos testimonios –como era lo usual en la historiografía más antigua– o cualquier otra huella del pasado –escrita, objetiva, fósil–, es decir, conforme el lato sentido febvriano del concepto y aprovechando el paradigma indiciario de Ginzburg a la hora de conocer lo no-visto por la reconstrucción de sus “pistas”⁸⁸) el historiador sistematiza, clasifica, compara y recrea; tal actuación, sobre dicho legado de lo que fue, es el empleo de parte de la utillería que le permite la recreación del pasado. Aquí, como se ve, el lenguaje es un útil más, precisamente el que vehicula los restantes y especialmente de forma escrita a la hora de presentar los resultados de la

investigación; si su influencia va mucho más allá, como pretende ineludiblemente White –y otros con él, se sobrentiende–, estamos entonces ante un mal historiador y su pésimo producto. Por contra, y ya desde hace siglos, respecto de la historia

“se trataba de saber no sólo *cómo* ocurrió aquello, sino *por qué* ocurrió. De la materia prima salió la historia como objeto concreto. Partiendo de esa realidad, el historiador ha ido creando el objeto teórico de la historia, el que comprende el aparato conceptual y las categorías del pensar histórico, las relaciones entre ellas. De ese entramado teórico surge una metodología, unos principios rigurosos que hay que aplicar para comprobar la veracidad o la inexactitud de las hipótesis que se hacen; y de la metodología surgen las reglas concretas de las técnicas de trabajo del historiador, que se aplican al manejo de aquella materia prima. Cuando todos esos supuestos se producen, estamos ya en presencia de una actividad científica.”⁸⁹

El estilo de determinada historiografía, volviendo con la visión de White, es caracterizable en términos del protocolo lingüístico que emplea para prefigurar el campo histórico, antes de aplicarle las estrategias “explicativas” que usa para modelar el “relato”, a partir de la “crónica” de los hechos contenidos en el registro histórico⁹⁰. Así, el tropo dominante determinaría lo que cuenta como dato del campo histórico y las posibles relaciones entre aquellos. Anales, crónica e historia serían para la *doxa* historiográfica moderna los tres tipos canónicos de representación histórica, aunque los dos pri-

⁸⁵ Para un intento de exposición del trascendentalismo kantiano en White, véase la apuesta interpretativa de Kellner, Hans: “Hayden White and the kantian Discourse”, en Jensen, George H. y Sills, Chip, (eds.): *The Philosophy of Discourse* (vol. I). Portsmouth, Heinemann, 1992, 246-267.

⁸⁶ Y hay aquí otra cuestión, de la propuesta whiteana, que en algún sentido laxo podría entenderse como equiparable a la dimensión diacrónica del análisis del cambio coyuntural, pero sobre todo estructural, de la propuesta koselleckiana. Me refiero al hecho de que los tropos, tal como propone el autor siguiendo una sugerencia de origen viquiano (esto es, a Giambattista Vico, autor de la *Ciencia nueva*), también podrían sucederse en una secuencia lógica (que rastrea White –según un mecanismo semejante al del *corso i ricorso* del napolitano Vico– en su *Metahistoria*); secuenciación que abarcaría, en un todo progresivamente comprensivo, las distintas representaciones de la realidad histórica, lo que devendría en auténtico progreso cognoscitivo y daría carácter sistemático a su propuesta. Una objeción clara, sin embargo, sería la que trataría de elucidar hasta qué punto la secuencia de hechos sociopolíticos, con sus conflictos y cambios, sería análoga a los patrones secuenciales intrínsecos a ese desarrollo diacrónico del lenguaje (cfr. Koselleck, Reinhart: *The Practice...*, op. cit., 43).

⁸⁷ Citado en Tuñón de Lara, Manuel: *Por qué la Historia*. Barcelona, Salvat, 1981, 8.

⁸⁸ Ginzburg, Carlo: *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona, Gedisa, 1989, 138-175.

⁸⁹ Tuñón de Lara, Manuel: *Por qué...*, loc. cit.

⁹⁰ White, Hayden: *Metahistoria...*, op. cit., 405.

meros se caracterizarían por el lastre de una imperfecta historicidad⁹¹. Los anales podrían definirse como listas de acontecimientos ordenados cronológicamente, dotados de trama, pero sin ninguna de las características que atribuimos a los relatos (y donde no hay relato, no habría historia). Las crónicas, más globales y con una organización de sus materiales por temas, presentarían una mayor similitud con las restantes formas de la narrativa histórica, aunque seguirían estructuradas siguiendo el orden cronológico propio de los anales y sería habitual que presentasen un final abrupto, una especie de fracaso del cierre narrativo, que las diferenciaría de las historias. La narración histórica, basada en la selección de datos, ya previamente escogidos y organizados en anales y, sobre todo, crónicas, a partir del registro histórico, de las fuentes, dotaría característicamente a la realidad de su cierre y forma significativa, de la máscara de sentido que la haría deseable, atrapando al lector bajo el hechizo de la verosimilitud, de lo deseable por su carácter o aroma de ideal⁹². En fin, nada más lejos de nuestra experiencia.

Se trataría, pues, siempre conforme al postulado whiteano, de interpretar, de dar una estructura de trama a los sucesos, dotándolos de un sentido y coherencia que no tenían; al mismo tiempo, respondería a un tipo de relato genérico que facilitaría, produciendo efectos explicativos, la comprensión en sus lectores (que comparten con el historiador un patrimonio cultural común, donde las tramas disponibles, en forma de tipos de relatos, se presentan sinópticamente). La narrativización sería, pues, solamente una ficcionalización. Se forma el relato mediante el discurso figurativo y retórico, y no habría otra posibilidad o, al menos, sería inconcebible desde esta perspectiva,

una “mítica” literalidad que diera cuenta de los acontecimientos⁹³. Las decisiones últimas y más fundamentales, para el resto del entramado retórico, serían de tipo moral e ideológico, y éstas, según White, no serían evaluables; tampoco podría juzgarse, en conflictos de valor entre narraciones interpretadas diversamente, cual sería más adecuada, ya que se carecería de la superficie extraideológica, que permitiera llevar a cabo esas estimaciones de modo concluyente. Ése es el motivo último, según White, de la crisis del “historicismo”⁹⁴, del pensamiento histórico a fines del siglo XIX: la percepción, progresivamente más clara, de que no había forma de elegir entre diferentes interpretaciones de la historia en conflicto, sobre una base teórica.

La respuesta whiteana a este *impasse* de la historiografía es simple y conecta con toda su conceptualización anterior: si el relato histórico es siempre una interpretación de acontecimientos de un campo determinado, semejante en sus recursos retóricos al relato ficcional, y la novela realista, pareja en su desarrollo al relato historiográfico dicimonónico, ¿por qué no seguir la estela de la ruptura en los modos de representación de los actuales relatos de ficción antinarrativos? Una historia consciente de su retoricidad, debería plantearse entramados alternativos, sensibles a las dificultades, al trauma incluso⁹⁵, de los acontecimientos convencionalmente inenarrables y tan difíciles de asumir por sus protagonistas; empero, dichos sucesos no han dejado de suscitar documentos narrativos, posmodernistas también los tales, y con ello abriendo la posibilidad a una historiografía antinarrativista. Con esto último, nos aproximaríamos a la noción vattimiana de certeza, cuando propone que “la ver-

⁹¹ White, Hayden: *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós, 1992b, 20-22; aunque, para White, serían en realidad formas alternativas, no narrativas, de relato histórico.

⁹² White, Hayden: *id.*, 35. Por cierto, que ese elemento mítico, del perfecto entramado o donación significativa del relato histórico por respecto a los acontecimientos, sería el que explicaría el papel y perdurabilidad de los clásicos, y lo invalidable sería la forma de su ficción. De nuevo una característica metahistórica y estructural, con la distinción entre aquello coyuntural en el historiador clásico, que sería superado por la dimensión de la investigación histórica, y lo estructural, trascendental, donador de sentido, que permanecería a más largo plazo, resultando ser incluso una constante antropológica.

⁹³ Es muy interesante la noción de cronotopía, tomada por White de Bajtin, constituida crucialmente por los diversos tipos de tramas, y que vendría a ser como el dominio socialmente estructurado que definiría el horizonte de acontecimientos posibles (cfr. White, Hayden: *El texto histórico...*, op. cit., 199, así como en “El entramado histórico...”, op. cit., 76s -en nota-); nosotros también adoptamos este concepto y su familia (habiéndolo utilizado en otros trabajos y aquí mismo -en n. 39-), por lo mismo que atrae a White más por cuanto etimológicamente refiere, es decir: un tiempo (“crono-”) y un lugar (“-topo”) determinables y determinantes para el estudio histórico, junto a otras posibilidades que del tal se desprenden.

⁹⁴ White, Hayden: *Metahistoria...*, op. cit., 410-412.

⁹⁵ Lacapra, Dominick: *Writing History, Writing Trauma*. Baltimore, The John Hopkins UP, 2001.

dad no posee una naturaleza metafísica o lógica sino retórica”⁹⁶. Tras la “exitosa” acogida inicial de *Metahistoria*, los postulados allí recogidos por White comenzaron a ser objeto de severos cuestionamientos; retractándose en parte, se excusó por un lado arguyendo que el tratamiento de la estilística historiográfica se limitaba, básicamente, a la producida en el siglo XIX, y por el otro al reconocimiento a regañadientes, y eso que en verdad no puede ser más obvio, de que la realidad empírica restringe la elección de las urdimbres tropológicas por cuenta del historiador⁹⁷. Hemos destacado la reticencia whiteana, sobre este último punto, porque se las arregla White para crear no poca ambigüedad en torno al mismo, ambages incluso rayanos con el sofisma (vid. n. 78).

5. LA CLILOGÍA, CIENCIA DE LA HISTORIA

Hecha la aproximación nuclear, que anunciábamos en el acápite, procedemos a constatar las “tres principales áreas de ataque y reformulación [contra la historia anterior a la «posmodernidad»]: el posestructuralismo, el cuestionamiento de las metanarrativas y la transformación de la historia en la nueva historia”⁹⁸. Tal se sobrentiende, dicho “frente” golpea por igual la Historia Conceptual como la Histórica, al igual que a tantas otras variedades cliológicas, asimismo de las anteriores como de las iniciadas después de la década de “los años 60 del siglo XX”.

El posestructuralismo, a partir de Michel Foucault y Jacques Derrida, comienza por incidir sobre la “contaminación” que desde la pertenencia a las relaciones de poder inhabilita la independencia cliológica, junto con otras mediaciones (ideologías,

convenciones culturales, reduccionismos); esto pondrá al descubierto la historicidad de la cliología, relativizándola de raíz, puesto que el aporte historizador dependerá en todo caso de la sincronía en que se halle⁹⁹. Con ser importante esta clarificación, lo es más el hecho de poder combatirla una vez conocida, puesto que se puede desde la elemental facticidad realizar la “limpieza” suficiente de tales obstáculos gnosológicos; y ello merced a que, en este proceso, “la historia no ha parado de contar los hechos y gestas de los hombres, de contar, no el mismo relato, sino relatos de formas distintas [: estableciendo así] el vínculo del relato histórico con el pasado «real» [, al presentar junto a] la parte de elaboración [...] también [la] de dependencia en relación con la efectividad del pasado”¹⁰⁰. En segundo término, el énfasis derrideano “en el papel del lenguaje en la creación de significados históricos marcan el «giro lingüístico» en la historia [, cuyo] máximo exponente es Hayden White”¹⁰¹, “giro” que ya tratamos por extenso en la sección anterior, y por eso sólo queremos añadir, con Ignacio Olábarri, que dicho “«giro lingüístico» del pensamiento contemporáneo procede, en concreto, de una filosofía que reduce el pensamiento a lenguaje y el lenguaje a un sistema de signos sin sujeto ni significaciones que vayan más allá del propio lenguaje”¹⁰². Sin negar los aportes que el susodicho “giro” introduce e inspira, su suerte de reduccionismo nihilista agazapado entorpece, demasiadas veces, el conocimiento, con lo cual se estrechan de consuno “las puertas de la percepción” de la historia, tanto como las de tantas otras cuestiones; su primer gran yerro es la negación referencial del lenguaje, aberración supina bien denunciada por Paul Ricoeur y otros¹⁰³, quienes, sin menospreciar la importancia retórica en el

⁹⁶ Vattimo, Gianni, en Rovatti, Pier A. y Vattimo, Gianni (eds.): *El pensamiento débil*. Madrid, Cátedra, 1990, 38.

⁹⁷ White, Hayden: “El entramado histórico...”, op. cit.

⁹⁸ Perkowska, Magdalena: *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2008, 71.

⁹⁹ Munslow, Alun: *The Routledge Companion to Historical Studies*. Londres-Nueva York, Routledge, 2000, 12.

¹⁰⁰ Hartog, François: “El arte de la narración histórica”, en Morales, Luis G. (comp.): *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*. México, Instituto Mora, 2005, 149-159 (cita en 158-159).

¹⁰¹ Perkowska, Magdalena: *Historias híbridas...*, op. cit., 72-73.

¹⁰² Olábarri, Ignacio: “La «Nueva Historia», una estructura de larga duración”, en Andrés-Gallego, José (dir.): *New History...*, op. cit., 29-81 (cita en 60).

¹⁰³ Himmelfarb, Gertrude: “Some Reflections on the New History”, en *American Historical Review*, 94, Chicago, 1989, 661-670 (cita en 665-667); Ricoeur, Paul: “History and Rhetoric”, en Bédarida, François (ed.): *The Social Responsibility of the Historian*. Oxford-Nueva York, Berghahn Books, 1994, 7-24 (cita en 21-23); Spiegel, Gabrielle: “History and the Post-Modernism IV”, en *Past and Present*, 135, Oxford, 1992, 194-208 (cita en 195-197); y Zagorin, Perez: “History, the Referent, and Narrative: Reflections on Postmodernism Now”, en *History and Theory*, nº 38, Middletown, 1999, 1-24 (cita en 7-8).

discurso, insisten en no sobrevalorarla a costa de ningunear su función de referir. Como dice Rancière¹⁰⁴:

“La cuestión en juego no es el estilo de los historiadores sino la firma de la ciencia. La firma no es el apéndice personalizado de un discurso, sino la marca de su identidad, el nombre propio que articula los nombres propios y los comunes, las palabras y las cosas, el orden de los seres hablantes y el de los objetos de conocimiento. Tal estudio tiene que ver con [...] una *poética del saber*: estudio del conjunto de los procedimientos literarios por medio de los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un estatuto de ciencia y lo significa.”

La segunda crítica, la realizada sobre las metanarrativas occidentales, arranca con Lyotard, quien pone en solfa la teleología y soteriología que, según él, caracterizan dichos discursos desde la Modernidad; ambas parten del mito “del progreso humano: la metanarrativa especulativa del idealismo alemán y la metanarrativa de emancipación cuyo «final feliz» es la libertad universal”¹⁰⁵. Aquí late, contra el primer caso, un remozado y trasnochado marxismo, y contra el segundo un “antiteísmo” laicista, ambos componentes

imperantes del trasfondo epocal del momento; la parte positiva, respectivamente, radica en la llamada de atención contra una ingenuidad excesiva y, del otro supuesto, el colutorio que supone colocar nuclearmente el valor de la libertad humana, de tal naturaleza que permite incluso al hombre el negarse a sí mismo. La parte negativa, en fin, anida en el paso franco que apertura al relativismo más desaforado, al pretender deslegitimar las grandes obras “metanarrativas” independientemente de su calidad real¹⁰⁶; al tiempo de la antementada actuación, son legitimadas *les petites histoires*, de nuevo por el mero hecho de serlo, ya que las primeras serían “serviles al poder” y las segundas vendrían “libremente” narradas por las “pobres gentes marginadas o marginales”¹⁰⁷. Cual se aprecia, la lógica lyotardiana está aquí imbuida del esencialismo más tosco, combinado asimismo con un reduccionismo más que pueril; por el contrario, lo “macro” y lo “micro” no sólo no son opuestos y excluyentes sino que son complementarios e interdependientes¹⁰⁸. Hoy esto es patente en todas las escalas, donde al fenómeno de la globalización le corresponde el de la regionalización; es decir, lo global interactuando con lo local, realidad recogida con el concepto de “glocal”¹⁰⁹. En esta línea, una de las formas políticas

¹⁰⁴ Rancière, Jacques: *Los nombres...*, op. cit., 16-17.

¹⁰⁵ Perkowska, Magdalena: *Historias híbridas...*, op. cit., 75.

¹⁰⁶ Lyotard, Jean F.: *Instructions païennes*. París, Galilee, 1977; y *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Minneapolis, UMP, 1984. Sobre este último trabajo —originalmente publicado en 1979—, considerado para más inri como uno de los autores de referencia para la Posmodernidad, declararía más tarde el susodicho Lyotard que: “Me inventé historias, me refería a una cantidad de libros que nunca había leído, y por lo visto impresionó a la gente; todo esto tiene algo de parodia... Es simplemente el peor de mis libros” (citado en Anderson, Perry: *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona, Anagrama, 1998, 40–25).

¹⁰⁷ Lamentablemente, las consecuencias negativas de esta peregrina idea han calado en más de un historiador, siendo uno de los casos más destacados el de Guha, Ranajit: “La prosa de contra-insurgencia”, en Barragán, Rossana y Rivera, Silvia (comps.): *Debates postcoloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*. La Paz, Aruwiyiri-Historias-SEPHIS, 1997, 33-72 (cita en 36-65), quien en su tipología discursiva sobre los grupos subalternos en India distingue tres tipos de discursos historiográficos, ninguno de los cuales entiende como cliológicamente válido por entero, dado que en definitiva “no hay nada que la historiografía pueda hacer para eliminar completamente [la] distorsión, porque es inherente a su óptica”, con lo cual “llegar a una aproximación cercana [...] es lo máximo que se puede ambicionar” (64s); concluye Guha, pues, aún de forma más nihilista que la mentada tesis lyotardiana, al negar que desde la cliología haya alguna posibilidad para denunciar el colonialismo como es debido. Además, no presenta ninguna alternativa a esta supuesta falla, pecando así de exceso de modestia en tal extremo, ya que el proyecto de los *Subaltern Studies* al que él también pertenece es asimismo un representante de ese “cuarto tipo discursivo” certeramente vindicador que, de forma incongruente, el mismo Guha autoanula en su texto citado (tan elucidador por otros lados).

¹⁰⁸ Vid. Grendi, Edoardo: “Micro-analisi e storia sociale”, en *Quaderni storici*, vol. XII, 35, Bolonia, 1977 (mayo-agosto), pp. 506-520; y Revel, Jacques (dir.): *Jeux d'échelles. La microanalyse à l'expérience*. París, EHESS-Gallimard-Seuil, 1996; asimismo, desde otra vertiente (la sociológica), una obra reciente muy ilustradora es la de Collins, Randall: *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona-México-Bogotá, Anthropos-UAM-UNAM-UNC, 2009.

¹⁰⁹ Mayer, Michela: “Ciudadans del barri i del planeta”, en Imbernón, Francesc (coord.): *Cinc ciutadanes per a una nova educació*. Barcelona, Graó, 2002, 81-102 (cita en 90-93). Como dice la autora: “Pensar y actuar ya no hacen referencia a contextos separados, y cualquier acción local es también global, como igualmente cualquier visión global tiene también un reflejo en las perspectivas locales” (90. La traducción es nuestra). El término “glocal” deriva del de *glocalización*, híbrido de “globalización y localización”, inicialmente desarrollado (desde 1980) dentro de las prácticas comerciales japonesas y pronto difundido por diversos autores (Roland Robertson, Ulrich Beck, Antonio Bolívar, etcétera).

nos sirve de parangón para entender las relaciones entre lo macro y lo micro, en nuestro multiverso globalizado: el autogobierno –empero dependiente– de los ayuntamientos, que sería lo “micro” más grande (por debajo tenemos el barrio, la calle, el vecindario, el edificio, la familia y la persona); luego el *intermediario* representado en la Comunidad Autónoma, la provincia, la región y la comarca; y finalmente lo “macro”, expresado en la Comunidad Internacional, el Estado y el país, donde todos, menos el referente simbólico que es la Comunidad Internacional, cuentan con sus autogobiernos que a la par son dependientes al encastrarse unos en otros de menor a mayor. Los autogobiernos comarcal y regional pueden no existir, así como ser variable la nomenclatura que hemos expuesto (que es la del caso español), mas para nuestro ejemplo es suficiente y se hace entender; la subordinación, incompleta pero efectiva, permite estudiarlos tanto por separado como conjuntamente, tal ocurre con la historia desde la más parcelada (microhistoria) a la universal (historia global). La correspondencia es prácticamente plena, pues al Gran Conjunto aglutinador de la gobernanza política (la Comunidad Internacional) le responde el Gran Conjunto aglutinador de la cliología (la Historia Total); ambos tienen, además de su influencia, su tácita referencialidad, siendo empero en cualquier caso más una aspiración que una viabilidad real hoy por hoy¹¹⁰.

El tercer reto, como quizá no podía ser menos, proviene del interior de nuestra propia disciplina, sobretudo de la mano de la confusamente llamada

“Nueva Historia”; el adjetivo es toda una declaración de principios, a la par que una maniquea toma de posiciones: lo anterior a ella sería obsoleto, desdeñable y retrógrado, mientras que lo principiado con la tal rebosaría actualidad, excelencia y proyección. Su principal defecto salta a la vista: el mito adánico que conlleva. Sus iniciales valedores son la francesa Escuela de *Annales*, quienes eclipsan “la narración proced[iendo] principalmente [al] desplazamiento del objeto de la historia: ya no es el individuo agente, sino el hecho social en su totalidad”; a dicha Escuela añade el autor citado¹¹¹ la convergencia operada con un *enemigo* afuerino: “el positivismo lógico, [donde] el eclipse de la narración procede más bien de la ruptura epistemológica entre la explicación y la narrativa”. Bien lo apunta Marramao, al señalar que el debate actual en cuanto “a las relaciones entre el modelo *narrativo* y el modelo *explicativo*” viene a constituirse en la alternativa al anterior antagonismo entre comprensión y explicación, compartiendo ambos enfrentamientos la misma esterilidad¹¹². Y es que, tan encomiables como son muchos de sus replanteamientos, propuestas y procedimientos: rechazo a la historia heroica, diversificación trasuntística, transdisciplinariedad... devienen refutables otros tantos: vulgarización de la política¹¹³, renuncia a la universalidad, antinomología, etcétera. De esta guisa, la vehemencia posmoderna en historiografía “es radical porque critica [los] dos elementos esenciales que definen la modernidad del pensamiento histórico: el concepto de *la historia* y el concepto de método”¹¹⁴. Un primer problema de fondo, que

¹¹⁰ En el caso político, la Comunidad Internacional está, en gran medida, manipulada por el Imperio –o los Imperios, según la sincronía que tratemos-, el cual a su vez deviene asesorado-influido por su camarilla (G7, G8, G20... en nuestra época actual), junto a otro tipo de presiones (*mass media*, plataformas de toda laya, votantes, multinacionales, Potencias Enemigas); en cuanto al caso cliológico, la “historia global [...] es muy difícil que alguna vez se pueda llegar a hacer” (Olábarri, Ignacio: “La Nueva Historia...”, op. cit., 66), aunque no es imposible y no son pocos los ejemplos que se han acercado mucho, sino prácticamente del todo (v. gr.: Ladero, Miguel A.: *Historia Universal*. –vol. II- *Edad Media*. Barcelona, Vicens Vives, 1997; Morales, Víctor y Torre, Hipólito –de la- (coords.): *Historia Universal Contemporánea*. Madrid, Cera, 2001; y Vidal, César: *Breve historia global del siglo XX*. Madrid, Alianza, 1999; por nombrar algunos “globalistas” de entre los españoles).

¹¹¹ Ricoeur, Paul: *Tiempo y narración*. (vol. I) *Configuración del tiempo en el relato histórico*. México, Siglo XXI, 2004, 170.

¹¹² Marramao Giacomo: “*Neu-Zeit*. Modernidad y experiencia del tiempo”, en *Anthropos*, 223, Barcelona, 2009, 119-133 (cita en 124).

¹¹³ La conquista que supone “rescatar la dimensión individual: no sólo la dimensión individual “heroica” [...], sino también y sobre todo la dimensión individual del acontecimiento y, yendo aún más allá, la *dimensión individual de lo social* [, no debe hacernos olvidar] la resistencia de la política a sujetarse a lo común” (Andrés-Gallego, José (dir.): “Introducción. La Nueva Historia como reto”, en *New History*..., op. cit., 21); peligro éste que desbarata las despolitizadas obras cliológicas que hoy tanto cunden, pues, como sigue diciendo el citado autor (loc. cit.), tropiezan en la falta de la debida atención a “*la eficacia estructurante de la decisión política*”.

¹¹⁴ Rüssen, Jörn: “La historia, entre modernidad y posmodernidad”, en Andrés-Gallego, José (dir.): *New History*..., op. cit., 119-137 (cita en 126-127).

conlleva esta “estructura de larga duración”, según la acertada tesis del citado Olábarri, es la proliferación de “Nuevas Historias”, maremagno que constituye una incesante generatriz disciplinar no colegida en otras ciencias; la primera asunción debería ser la de resaltar la peculiaridad de las ciencias humanas, donde, a diferencia de las ciencias naturales, se da la coexistencia de concepciones incluso confrontadas durante extensos períodos temporales. Mas, a pesar de ello, no es lícito hablar de diversos tipos de cliología; es decir, así como no predicamos “las medicinas”, “las físicas” o “las astronomías” tampoco existirían “las cliologías”, antes bien, tenemos diversas especialidades de una misma ciencia: la cliología. Entre otras razones, la manida confrontación, ya vista con los “Novatores” renacentistas respecto a los cronistas del medioevo, carece de fundamento “porque la narración y la conceptualización, en historia, no se excluyen, sino que se necesitan mutuamente; [y] lo mismo ocurre con la descripción y el análisis [o] el modelo de explicación del cambio histórico interconectado y multicausal”¹¹⁵. Resta, pues, hacer como “quienes reciben críticamente las novedades e incorporan a su acervo lo que les parece de interés para su trabajo, mientras rechazan aquellos planteamientos extremos que, a su modo de ver, llevan consigo la destrucción de la historia”¹¹⁶.

De este modo, ante el pretendido descrédito de la cliología como ciencia, y en respuesta al quizá excesivo narrativismo histórico, recientemente algunos autores¹¹⁷ han propulsado el llamado neoe empirismo, desde el campo de la arqueología, hablando de “manifestación” en vez de “narración”; practican pues, al hilo de lo que exponíamos en el último párrafo del anterior epígrafe, una suerte narrativa que tiene por modelo el hipertexto, donde ellos mismos reconocen el peligro de esta

textualidad, ya que podría desembocar en narraciones excesivamente abiertas. Empero y con todo, creemos que la problemática discurre por otros derroteros. Comenzando por la definición de *ciencia*, el DRAE¹¹⁸ nos ofrece dos acepciones, pertinentes a lo que nos ocupa: “Conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas” y “Cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del saber humano”; mientras que, para *arte* (en el mismo lexicón), encontramos, entre otros significados: “Acto o facultad mediante los cuales, valiéndose de la materia, de la imagen o del sonido, imita o expresa el hombre lo material o lo inmaterial, y crea copiando o fantaseando”. Establecido esto, quedamos saber de qué se ocupa la cliología, y lo podemos contestar con Ortega y Gasset¹¹⁹: “La misión de la historia es hacernos verosímiles los otros hombres [, porque] *el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*”. La verosimilitud orteguiana, ergo, no implica una servil obligación a la “mítica literalidad” aludida supra, puesto que ni el lenguaje es un agente pasivo del historiar¹²⁰ ni la historización pretende ser un ente orwelliano, registrador de todo cuanto acontece cada segundo en todas partes; igualmente dilucida esto Aron¹²¹, cuando dice que la “ciencia histórica no es una reproducción pura y simple de lo que ha sido, como la física no es una reproducción de la naturaleza”. La encomienda orteguiana nos suscita, además, un fructífero símil a propósito de nuestra tarea cliológica, donde historiar es comparable a la cinematografización, en concreto a los filmes “basados en hechos reales” y también a los llamados “documentales”; en ambos ejemplares, al igual que en el trabajo de un historiador, hay: 1) Un acopio de información y su desmenuzamiento teórico sobre una serie de hechos ocurridos en unos lugares; 2) Tales hechos y

¹¹⁵ Olábarri, Ignacio: “La Nueva Historia...”, op. cit., 64-65.

¹¹⁶ Olábarri, Ignacio: *íd.*, 75. Entre los primeros “destruidores” de la cliología cabe citar a Carr, Edward H.: *¿Qué es la historia?* Barcelona, Seix Barral, 1981 –edición original de 1961- y Veyne, Paul: *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*. Madrid, Fragua, 1972 –edición original de 1971.

¹¹⁷ Tales son: Cornelius Holtorf, Rosemary A. Joyce, Parker Pearson y Michael Shanks.

¹¹⁸ Siglas del *Diccionario de la Real Academia Española*. Aquí hemos consultado su XXI edición (1992).

¹¹⁹ Ortega y Gasset, José: *Historia como sistema*. Madrid, Revista de Occidente, 1975, 97 y 61. De ahí que asintamos con Olábarri, Ignacio: “En torno al objeto y carácter de la ciencia histórica”, en *Actas de las XX Reuniones Filosóficas: “Filosofía de la Historia y Filosofía Política”*, Navarra, 1983, 157-172 (cita en p. 166), cuando dice que “la ciencia histórica se ocupa primariamente –valga la perogrullada- de la dimensión *histórica* del hombre”.

¹²⁰ Bueno es recordar ahora el “Principio de incertidumbre”, introducido por Werner Heisenberg (1901-1976), fundamental en la física cuántica, donde la exploración del científico ya condiciona el resultado de su investigación (vid. n. 130).

¹²¹ Aron, Raymond: *Dimensiones de la conciencia histórica*. México, FCE, 2004, 17.

sus implicaciones tienen, en distinto grado de protagonismo y tempoespacialidad, una serie de actores, extras y restante personal especializado recreadores de la tal historia en un diorama convenientemente ambientado y reificado, historial que se reproducirá además en número no pequeño y es susceptible de plagios, revisiones, remaques, glosas y versionamientos varios; y 3) Hay un guión más o menos sintético, con al menos una trama, coordinador de los elementos de los puntos anteriores al tiempo que es interpretado, dirigido y recibido por los actores, los laboradores, el público y, como mínimo, un director. Con este método y su teoría acabados de metaforizar es como facilitamos, pues de ello se trata, el “poner al día [los] sentidos implicados y superpuestos, [el] elucidar la actitud tomada por las diversas conciencias respecto de las significaciones incluidas en sus gestos”, junto a las acciones, resultados y demás de lo que para nosotros es el pasado aunque entonces era un presente y un futuro; y todo ello siempre a sabiendas en nuestro entender, dado que “las sociedades viven sus tradiciones [entretanto] el historiador se esfuerza en comprenderlas”¹²².

Por tanto, el conocimiento más cierto de los hombres y las cosas pasados se da con el historiar, ya que el historiador averigua sus principios, causas y procesos, sirviéndose en su investigación tanto de pruebas materiales como de testimonios escritos –igualmente los que apuntan en un sentido como los que lo hacen en el contrario–, añadido a esto su discernimiento particular, con el fin de establecer el producto más próximo a la realidad estudiada, sin menoscabo de que ulteriores investigaciones –por aparecer nuevas pruebas y documentos, o por una mayor perspicacia de otro (o del mismo) historiador– establezcan unos resultados más óptimos. No ha de extrañarnos este último procedimiento, que es el habitual método de toda ciencia, que versa en la disponibilidad a la refutación de toda teoría postulada, principio de falsación que es la piedra angu-

lar del actuar científico al menos hasta ayer mismo. Además, opera en este ámbito de estudio el consenso de la comunidad científica, cuyo paradigma cambia con el tiempo¹²³, *consensus* legitimado en última instancia por las sociedades donde estas teorías nacen, como de nuevo apunta Vattimo¹²⁴ siguiendo en este caso a Kuhn:

“Las convenciones en que descansan los métodos demostrativos de las ciencias no se adoptan «arbitrariamente» o sobre la base de criterios abstractos de economía o de utilidad práctica, sino sobre la base de su «conformidad» con «formas de vida», y podríamos decir, por lo tanto, también con tradiciones y culturas históricamente definidas”.

Que la cliología se enmarca en un cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, así como que constituye una parte del saber que atañe al ser humano, ya lo hemos expuesto al principio de nuestro comunicado; por tanto, donde queremos poner el acento es en otro de los habituales ataques a la científicidad histórica, tal es la queja sobre la supuesta carencia de “leyes y principios” del historiar¹²⁵. Protesta infundada la susodicha, ya que sí tiene leyes y principios la cliología, como ya lo apuntase nuestro medievalista Sánchez Albornoz¹²⁶: “las constantes históricas [...] tienen sus raíces en la fabulosa prehistoria, [que sumada a] la acción innegable de la casualidad y de los héroes en el curso de los hechos del pasado [...] produce[n] la Historia”. El acervo *legislativo* de la historicidad es bastante más amplio de lo señalado por Claudio Sánchez en su obra –la que aquí manejamos–, mayor también al muestreo que nos presenta Koselleck a lo largo de sus textos, con su referencia a las estructuras perdurables de los desarrollos históricos y a los pares categoriales –comentados supra–; refiérese este corpus, como no, a la “condición humana”, v. gr.: el exponente de la psicología de las masas¹²⁷, la propensión

¹²² Íd., 25.

¹²³ Kuhn, Thomas S.: *La estructura de las revoluciones científicas*. México, FCE, 2006. Al final del artículo desentrañamos este punto de la paradigmática, a la sazón principal motivo de la actual concepción de “ciencia”, y por ende clave para nuestra aquí principal hipótesis.

¹²⁴ Vattimo, Gianni: *El fin de la modernidad*. Barcelona, Gedisa, 1996, 122.

¹²⁵ Además, está la cuestión de tener por “más científicas” a las ciencias *exactas* por mor de su pretendida exactitud, cuando esta misma infalibilidad no es más que un mito; bástanos pensar en la irresoluta inexactitud del número π , que ya va a día de hoy por los miles de dígitos tras la coma –se afirma que son infinitos–, y ello con un error reconocido del 0’02%.

¹²⁶ Sánchez Albornoz, Claudio: *Historia y libertad...*, op. cit., 83.

¹²⁷ Vid. Bon, Gustave (le): *Psicología de las masas*. Madrid, Morata, 2005; y Jiménez, Florencio: *Psicología social* (vol. II). Madrid, UNED, 1981, 261-281.

al vaivén epocal –sintetizado en el conflicto generacional–, la memética¹²⁸ cultural, la nietzscheana voluntad de poder¹²⁹, etc.; no nos explayamos, empero, en agotar esta lista ni en completar sus contenidos, que escapan a este artículo por motivos de espacio y pretensiones, bastándonos su mención como aporte probatorio de lo que defendemos.

La aspiración nietzscheana, de parangonar la cliología con el arte o la religión, ya señalada supra, se nos antoja románticamente caprichosa, ya que la aplicación de una menor o mayor artísticidad a una explicitación histórica no la convierte en obra de arte o dogma, por más que alguien pueda cometer tamaña impropiedad; ni, claro, a la inversa, pues, por nombrar un caso, el hecho de que Dalí pintase varios lienzos plasmando formulaciones fisicoquímicas o biológicas no convierte a las ciencias así “afectadas” en bellas artes. Ocurre, eso sí, que entrambos procesos inteligibilizadores

“no son muy diferentes. Ambos, ciencia y arte, forman en el curso de los siglos un lenguaje humano, gracias al cual podemos hablar de las más remotas partes de la realidad; sus coherentes grupos de conceptos, así como sus diferentes estilos de arte, son únicamente palabras diversas o grupos diversos de palabras perteneciente a ese lenguaje”¹³⁰. “Pero, al mismo tiempo, en cuanto metáforas, son radicalmente inconmensurables. [...] La una comunica su significado mediante precisas estructuras mentales, pero el otro lo logra por sugestión e indirectamente. Sus procedimientos son más complementarios que similares. Y el escribir historia participa de la naturaleza de ambos”¹³¹. “Hace [...] años la filosofía de la historia era cientificista; se debe [por tanto] evitar el extremo opuesto de ver en la historiografía una forma de literatura. El historicismo es el *juste milieu* entre las dos: el historicismo conserva lo correcto de los enfoques cientificista y literario de la historia, y evita lo hiperbólico de ambos.”¹³²

Ateniéndonos al primer trasunto, la cuasi alquímica transubstanciación de una ciencia en arte, queremos colacionar una ejemplificación que nos patentiza de inmediato el equívoco del predicamento narrativista: dos libros, ambos relatando el mismo episodio: la toma de Bizancio en 1453; uno desde la novelística –*El ángel sombrío* (Barcelona, Círculo de Lectores, 1995), de Mika Waltari– y el otro desde la historiación –*La caída de Constantinopla* (Madrid, Reino de Redonda, 2006), de Steven Runciman, historiador precisamente destacable, entre otros registros propios, por su colorido narratorio–. En ambos documentos están los mismos personajes (en el primero algunos más), los mismos acontecimientos (de nuevo, en el primero bastantes más), los mismos “neutrales” posicionamientos y también un semejable lirismo prosístico apasionado y apasionante entrambos ¿Dónde radican, pues, las diferencias? o, lo que es igual ¿por qué uno es novelístico y el otro histórico? La respuesta es clara: los añadidos fantasiosos de *El ángel sombrío* lo sitúan, irrefutablemente, del bando literario, participando en todo lo demás, donde coincide con la exposición runcimaniana, de la historialidad –porque es ésta la que presenta los hechos históricos demostrados¹³³–. La vivisección de la ejemplaridad citada es palmaria: la novela (el arte en general) persigue un fin estético, donde, para obtenerlo, lo histórico –como cualquier otro motivo– es secundario, estando subordinado a lo artístico; mas en el historiar concurre a contrario, pues quequier recurso (retórico o de la naturaleza que sea) es sufragáneo al hallazgo científico, que es el dador de su razón de ser. En definitiva, en el arte importa la expresión y en la ciencia el hecho, valiéndose el arte (la literatura, en este punto) –tal vez– de hechos para provocar su impresión, mientras que la ciencia (de la historia, en este caso) puede y suele valerse de impresiones para transmitir los eventos.

Que los tales registros históricos sean, más o menos, fieles al “original” que los inspira depende de la investigación de los historiadores, presente el socorrido hontanar en muchos rastros directos e

¹²⁸ Aunger, Robert: *El meme eléctrico. Una nueva teoría sobre cómo pensamos*. Barcelona, Paidós, 2004.

¹²⁹ Nietzsche, Friedrich W.: *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza, 1981.

¹³⁰ Heisenberg, Werner: *Physics and Philosophy: The Revolution in Modern Science*. Nueva York, George Allen & Unwin, 1958, 109.

¹³¹ Hughes, H. Stuart: *La historia como arte y como ciencia*. Madrid, Aguilar, 1967, 13.

¹³² Ankersmit, Frank R.: *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México, FCE, 2004, 72.

¹³³ Cfr. lo dicho por Koselleck en Dutt, Carsten y Koselleck, Reinhart: “Historia(s) e Histórica...”, op. cit., 218.

indirectos, mas, por aproximadísima que sea una versión histórica a un hecho histórico la identificación total es imposible. De ello se desprende que no podemos asentir con Vattimo, cuando define el facto histórico tal¹³⁴: “El acaecer histórico [que] no sería ni progreso ni regreso, ni retorno de lo igual, sino «interpretación» siempre más o menos falsificante de lo admitido y heredado proveniente del pasado”. Dicha intelección vattimiana se podría aplicar al historiar de ese acaecer, ya que todo acto histórico es como es, independientemente de la posterior aproximación que se le haga, descansando en esta confusión mucho de la argumentativa en contra de la cientificidad de la cliología, cuando lo que subyace es un malentendido entre fondo y forma, complicado con lo que dice Benjamin¹³⁵: “en la consideración de que la historia no es únicamente una ciencia, sino, en grado no menor, una forma de la remembranza”.

Imputando esta problemática al estudio que nos ocupa, tendríamos que el “fondo” sería la historia y la “forma” el análisis histórico de la misma, siendo el novelar –por muy “histórico” que sea– la “forma” de otro “fondo” (el arte), parasitadora en ciertas ocasiones (la *novela histórica* por ejemplo) de aquel o aquellos “fondos” que no son el suyo. He aquí porqué no es lícito pensar que pueda existir una isostenia entre cientistas y narrativistas, aunque se dé una conciliación entrambas preceptivas; acomodo al escolástico uso de la *concordia discordantium* o armonía entre distintas opiniones, en consideración a la simbiosis superficial que presentan sendos argumentos. En lo que sí coinciden arte y ciencia, abundando en lo apuntado supra, es en la mediación que ambos suponen entre la realidad y la representación que sobre ella efectúan; por una parte, la cliología se dedica –desde el siglo XV– a “elaborar las técnicas y los métodos que [permiten]

convertir el pasado en objeto del conocimiento mediato”¹³⁶, siendo que, por otra parte, es lo común con el resto de las ciencias desde la gran Revolución Gnoseológica del siglo XVII, ya que desde entonces “los conceptos fundamentales de cada ciencia, los medios con los cuales plantea sus cuestiones y formula sus soluciones, ya no aparecen como *copias* pasivas de un ser dado, sino como símbolos intelectuales creados por ella”¹³⁷.

Dicha revolución supone, para la historiografía, un verdadero vuelco, donde “la mutación, alrededor de 1688, de todas las ciencias auxiliares de la historia [deviene en una] fase crítica [y] totalizadora, en relación con la revolución científica”¹³⁸; importancia que “adquiere aún mayor relieve si se tiene en cuenta lo que los filósofos del siglo opinaban de la historia: [así,] en 1694, Bernard Lamy, discípulo de Malebranche, escribía: «la historia es un montón de tonterías acerca de los hombres y de sus virtudes ¿Qué le ocurre a una persona que se traga, sin digerir, todas esas cosas tomándolas por juicios sólidos? [...] Causan en su espíritu una especie de indigestión»”¹³⁹. Asistimos hoy a una revolutiva parigual¹⁴⁰, así como a un similar desprecio por la cliología; con lo cual podemos pensar, con Jitrik¹⁴¹, que hay crisis que pueden ser productivas, dado que el vértigo y la conminación estimulan la indagación de nuevas vías para el conocimiento humano. El corolario a lo que venimos exponiendo no puede ser más irónico, ya que

“Paradójicamente, cuando surgía un nuevo concepto menos rígido y más pluralista, que ponía el acento en las distintas formas de la estructura lógica y metodológica de la ciencia, el esfuerzo por plantear el problema del método en la historiografía se movía en torno a un concepto de ciencia ortodoxamente positivista.”¹⁴²

¹³⁴ Vattimo, Gianni: *Ética de la interpretación*. Barcelona, Paidós, 1991, 110.

¹³⁵ Benjamin, Walter: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile, Arcis y Lom, 2002, 141.

¹³⁶ Pomian, Krzysztof: *Sobre la historia...*, op. cit., 101

¹³⁷ Cassirer, Ernst: *Filosofía de las formas simbólicas* (vol. I) *El lenguaje*. México, FCE, 2003, 14; como se puede apreciar, es otra manera de expresar lo sentenciado supra por Raymond Aron (vid. 121).

¹³⁸ Chaunu, Pierre: *Historia, ciencia social. La duración, el espacio y el hombre en la época moderna*. Madrid, Encuentro, 1985, 77.

¹³⁹ Olábarri, Ignacio: “La Nueva Historia...”, op. cit., 78 (111).

¹⁴⁰ Revolución ya notada (1958) asimismo por Maravall, José A.: *Teoría del saber histórico*. Pamplona, Urgoiti Editores, 2007, pp. 27-48 y 69-94, quien llega incluso a “rebajar” el demasiado elevado concepto de ciencia, por ser, en su opinión, un concepto *creído acriticamente* hasta fechas muy recientes.

¹⁴¹ Jitrik, Noé: *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires, Biblos, 1995, 19-20.

¹⁴² Ruiz Torres, Pedro: “Los discursos del método histórico”, en *Ayer*, 12, Madrid, 1993, 47-78 (cita en 64).

Nuevo concepto de ciencia, pues, potenciado por la caología como decíamos al inicio de nuestra exposición, donde “la física reconoce la existencia del azar, la probabilidad y el indeterminismo en los fenómenos naturales, aspectos que la historia ya consideraba para la realidad social”¹⁴³; así, lo que hoy se considera ciencia es “una unión fructífera constante entre elementos «disciplinados» e «indisciplinados», una oscilación o juego dialéctico entre «orden» y «anarquía», y un producto o combinación de elementos tanto «objetivos» como «subjetivos»”¹⁴⁴. Con esta nueva conceptualización es ya apodíctica la condición de ciencia para la cliología, aunque en verdad y cual hemos colegido nunca debiera haberse abrigado duda alguna al respecto, entre más razones porque la gnosis ni debió, ni debe, ni debería “estar sometida a todo viento de doctrina”.

Finalmente, y pese a todo lo dicho, no queremos rehuir el test levistraussiano¹⁴⁵, dispuesto por este pensador para determinar cuándo un saber cualquiera puede ser denominado ciencia; así, los tres criterios a cumplir serían: 1) tener un objeto de estudio universal; 2) poseer un método homogéneo; y 3) basarse en unos principios fundamentales aceptados por todos los especialistas. El objeto de estudio de nuestra disciplina son los “hombres del pasado en general, con sus intenciones, acciones e inacciones transidas de temporalidad”; el método es el “clioanálisis”; y los principios cliológicos más fundamentales son de aceptación unánime entre los historiadores. Empero, la generalización aludida no debe entenderse como excluyente de las tantas particularidades habidas, sino que, aún en éstas,

apela dicha generalización al acervo global de cada singularidad en lo tangente a sus correspondientes relevancias; a modo de ejemplo, el hecho de cruzar César el Rubicón (49 aC) es una particularidad única, pero de proyección generalizada por cuanto significa históricamente, siendo los otros cruces rupícolas desestimados por su abulia histórica, por más que los cruzase incluso el citado César repetidas veces en otras ocasiones (llevada al extremo, la redundancia insignificante hasta podría ser una generalidad doblemente monótona, porque con ser monumental no alcanza a ser principal). Como dice Bermejo, “no nos interesan los acontecimientos propios de los millones de vidas humanas que han transcurrido a lo largo de la Historia, sino sus características generales, las normas de su funcionamiento”¹⁴⁶, las cuales son teloneras de cuánto expone todo historiador en sus trabajos. En lo que atañe a la reseñada homogeneidad metodológica del clioanálisis, se preserva a pesar de ser varios los métodos para historiar –como ya colegíamos–, ya que todos ellos vienen articulados por la temporalización, la cual adviene como la “batuta” heurística que los dota de su condición unitaria. Y, asimismo, el *quórum* de los principios historiográficos fundamentales aludidos se resume en la síntesis, siendo ella el fruto del “sistema de categorías que llamaremos, por comodidad, *sintéticas* [:] las nociones de espacio, tiempo, proceso, agente, causa [,] sentido [y] ley”¹⁴⁷; estos conceptos fundamentales son los básicos para cualquier historiador, con independencia del empleo que les dé, incluso en el caso de minimizar o incluso obliterar alguno de ellos en un momento dado.

¹⁴³ González Barroso, Antonio: *La historia y la teoría del caos. Un nuevo diálogo con la física*. Puebla, BUAP-Dirección General de Fomento Editorial-UAZ, 2005, 18.

¹⁴⁴ Oldroyd, David: *El arco del conocimiento. Introducción a la historia de la filosofía y metodología de la ciencia*. Barcelona, Crítica, 1993, 551-552.

¹⁴⁵ Lévi-Strauss, Claude: *Antropología estructural* (vol. II) *Mito, sociedad, humanidades*. México, Siglo XXI, 1979, 283.

¹⁴⁶ Bermejo, José C.: *Introducción a la historia...*, op. cit., 151.

¹⁴⁷ *Íd.*, 156.